

NEWMANIANA

AÑO XI- NUMERO 32

ABRIL 2001



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

LIFT - VAN **INTERNATIONAL CO. S.A.**

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m² cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

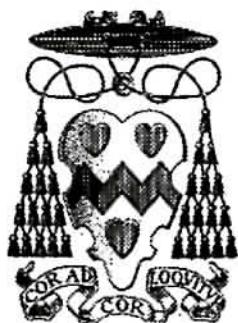
- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 4445-0230/0282 • 4741-7447/7236/7286 Fax: 4741-7211

NEWMANIANA



Año XI - N° 32

Abril 2001

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Mario Enrique Sacchi

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Calle 24 N° 1630 (1900) La Plata -

Pcia. Buenos Aires República Argentina

Sumario

Editorial

2001 Año newmaniano 2

Estudios

Newman sacerdote 4

Fernando María Cavaller

Estudios

Newman y la crisis modernista 35

Mario Enrique Sacchi

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.

Amén.



Carta de S.S. Juan Pablo II con motivo del Bicentenario

Vivimos el gran año newmaniano que conmemora el bicentenario del nacimiento. El pasado 21 de febrero la Asociación de Amigos de Newman en la Argentina celebró una Misa durante la cual el P. Cavaller leyó la carta enviada por SS Juan Pablo II al Arzobispo de Birmingham, carta que el Reverendo Winterton del Oratorio de Birmingham tuvo la delicadeza de enviarle a tiempo. Creemos que puede con todo derecho constituirse en portada de este número aniversario, abriendo así con las mismas palabras del Papa este año tan singular y esperado.



A Su Excelencia Reverendísima Monseñor Vincent Nichols
Arzobispo de Birmingham

Con ocasión del bicentenario del nacimiento del Venerable Siervo de Dios John Henry Newman, me uno complacido a Ud., a sus hermanos Obispos de Inglaterra y Gales, a los sacerdotes del Oratorio de Birmingham y a una multitud de voces de todo el mundo, en alabanza a Dios por el don del gran Cardenal inglés y su perdurable testimonio.

A medida que Newman consideraba el misterioso plan divino desplegado en su propia vida, llegó a percibir de modo profundo y permanente que "Dios me creó para hacerle algún servicio definido. Me ha encomendado una obra que no ha encomendado a otro. Tengo mi misión" (Meditations and Devotions). Cuán verdadero aparece ahora aquel pensamiento cuando consideramos su larga vida y la influencia que ha tenido después de su muerte. Nació en un tiempo particular, el 21 de febrero de 1801, en un lugar particular, Londres, y en una familia particular, el primogénito de John Newman y Jemima Froudinier. Pero la misión particular que Dios le confió asegura que John Henry Newman pertenece a todo tiempo, lugar y pueblo.

El nacimiento de Newman ocurrió en tiempos problemáticos, que conocieron no solo convulsiones políticas y militares, sino también turbulencia de alma. Las viejas certidumbres fueron perturbadas, y los creyentes se enfrentaron con la amenaza del racionalismo por un lado y el fideísmo por el otro. El racionalismo trajo consigo el rechazo tanto de la autoridad como de la trascendencia, mientras el fideísmo se apartó de los desafíos de la historia y las tareas de este mundo volviéndose hacia una dependencia distorsionada de la autoridad y lo

sobrenatural. En semejante mundo, Newman llegó finalmente a una síntesis notable de fe y razón, que eran para él “como dos alas sobre las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad” (*Fides et Ratio*, introducción; cf, *ibid* 74). Fue la apasionada contemplación de la verdad que le llevó también a la aceptación liberadora de la autoridad que tiene sus raíces en Cristo, y al sentido de lo sobrenatural que abre la mente y el corazón humano al pleno alcance de posibilidades reveladas en Cristo. “Guíame luz bondadosa en medio de las tinieblas circundantes, guíame”, escribió Newman en *La columna de nube*, y Cristo fue para él la luz en el corazón de toda clase de oscuridad. Para su tumba eligió la inscripción *Ex umbris et imaginibus in veritatem*, y fue claro al final del itinerario de su vida que Cristo era la verdad que había encontrado.

Pero la búsqueda de Newman fue golpeada por el dolor. Una vez llegado a ese incommovible sentido de la misión que Dios le encomendaba, dijo: “Por eso, confiaré en El...Si estoy enfermo, con mi enfermedad puedo servirle, si perplejo, con mi perplejidad puedo servirle...El no hace nada en vano...Puede alejar mis amigos. Puede arrojarme entre extraños. Puede hacerme sentir desolado, hundir mi espíritu, esconderme el futuro. Pero aún así, El sabe lo que hace” (*Meditations and Devotions*). Todas estas pruebas que conoció en su vida, antes que disminuirle o destruirle, paradójicamente fortalecieron su fe en Dios que le había llamado, y le confirmaron en la convicción de que Dios “no hace nada en vano”. Finalmente, lo que brilla en Newman es el misterio de la Cruz del Señor: este fue el corazón de su misión, la verdad absoluta que contempló, la “luz bondadosa” que le guió.

Al agradecer a Dios por el don del Venerable John Henry Newman en el doscientos aniversario de su nacimiento, rezamos para que esta guía segura y elocuente en nuestra perplejidad llegue a ser para nosotros en todas nuestras necesidades un poderoso intercesor ante el trono de la gracia. Oremos para que llegue pronto el tiempo en que la Iglesia pueda oficial y públicamente proclamar la santidad ejemplar del Cardenal John Henry Newman, uno de los más distinguidos y versátiles paladines de la espiritualidad inglesa. Con mi Bendición Apóstólica.

Del Vaticano, 22 de enero de 2001.
Joannes Paulus II

El Papa escoge un texto de Newman para el Viacrucis de esta Semana Santa en el segundo centenario de nacimiento del convertido inglés

CIUDAD DEL VATICANO, 3 abr 2001 (ZENIT.org <http://www.zenit.org>).- El texto de las estaciones del Viacrucis, que Juan Pablo II presidirá en el del Coliseo en la noche del Viernes Santo, este año estará tomado de los escritos de John Henry Newman, anglicano convertido al catolicismo y una de las figuras más importantes para la Iglesia católica de Inglaterra en el siglo XIX.

Con esta decisión, el Papa quiere celebrar el segundo centenario del nacimiento de este pastor de la Iglesia de Inglaterra, que después llegaría a ser creado cardenal, y que no sólo fue un pionero del ecumenismo, sino que es considerado también como uno de los padres espirituales del Concilio Vaticano II. En estos momentos, su causa de beatificación está siendo analizada por Roma.

El cardenal Newman (1801-1890) redactó dos meditaciones para el Viernes Santo, una amplia y otra más breve, particularmente apreciada por Karol Wojtyła, quien ahora ha decidido convertirla en motivo de reflexión para el Viacrucis de la Semana Santa del año 2001. El texto puede ser leído en la página web dedicada a los escritos del convertido <http://www.newmanreader.org>.

La tradición de celebrar el Viacrucis en el Coliseo fue comenzada por Pablo VI y se ha convertido en uno de los momentos más emocionantes de la Semana Santa en Roma. Hasta hace algunos años, Juan Pablo II llevaba la cruz durante todo el recorrido. Ahora, la deja al final de la primera estación a peregrinos representantes de diferentes continentes o estados de vida, y la vuelve a tomar al final del camino del Calvario. Los peregrinos siguen el recorrido del pontífice con velas en las manos, una vez caída la noche romana.

Cuando termina el Viacrucis, el pontífice dirige unas palabras de meditación sobre la pasión de Cristo. El acontecimiento es transmitido en directo por canales de televisión de los cinco continentes.

(extractado de Zenit.org)

(Artículo ya publicado en la Revista Eclesiástica Platense, octubre-diciembre 2000)

Newman sacerdote

Padre Fernando María Cavaller

Los inicios

Podemos afirmar que en el fondo de su definitiva vocación sacerdotal estuvo siempre aquel acontecimiento religioso que ocurrió en la escuela de Ealing, el gran cambio que siempre recordará como su primera conversión.

A mis quince años (en el otoño de 1816) un gran cambio hubo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido. No fue una experiencia emotiva y repentina; Newman la hace durar desde agosto hasta diciembre. La influencia fue de un pastor evangélico, pero la conversión en sí no fue evangélica, pues por el contenido era ya netamente dogmática. Hubo una influencia personal: El instrumento humano de este comienzo de fe divina en mí fue el excelente varón, muerto tiempo ha, reverendo Walter Mayers, de Pembroke College, Oxford; pero mayor que el efecto de sus conversaciones y sermones fue el de los libros que puso en mis manos, todos de la escuela de Calvino.¹

Uno fue una obra de Romaine de la cual aceptó la doctrina de la perseverancia final, creyendo que la conversión interior de que tenía conciencia perduraría en la vida futura y que estaba escogido para la vida eterna. Este pensamiento dice haberle confirmado en las imaginaciones de niños acerca de la desconfianza

en la realidad de los fenómenos materiales, de modo que concentró sus pensamientos *en dos seres y sólo dos seres absoluta y luminosamente evidentes: yo mismo y mi Creador.*²

Las otras obras fueron de Thomas Scott, escritos que impresionaron más que ninguno su espíritu, tanto que deseaba visitarlo personalmente. Leyó de Scott *La fuerza de la verdad*, y admiraba en él que *seguía a la verdad dondequiera lo llevara*. No se puede dudar que este pensamiento quedó grabado para siempre en la mente de Newman, y fue la guía de toda su vida. Scott, efectivamente, había pasado del unitarismo (monoteísmo absoluto al estilo del Antiguo Testamento) a la fe en la Santísima Trinidad.

Newman dice que *él fue el primero que imprimió profundamente en mi alma esta verdad fundamental de la religión*, y que, *con ayuda de los Ensayos de Scott y de la admirable obra de Jones de Nayland reuní una colección de textos de la Escritura para probar esta doctrina, con observaciones de mi propio caletre... y pocos meses después recogí una serie de textos para apoyar cada uno de los versículos del símbolo atanasiano*. Admira ver a un muchacho de dieciséis años con estas inquietudes. Efectivamente algo muy grande había ocurrido en él. Dice que también llevaba en la memoria lo que consideraba lo fundamental de la doctrina de Scott: *“La santidad antes que la paz”, y “El crecimiento es la única prueba de la vida”.*³

El principio sacramental, ciertamente la más profunda de sus ideas, dará también fundamento a su vocación. Se trata, según él mismo lo expresa de *la doctrina de que los fenómenos materiales son, al mismo tiempo, figuras e instrumentos de realidades invisibles; doctrina que abarca en su plenitud no sólo lo que anglicanos y católicos creen sobre los sacramentos propiamente dichos, sino también el artículo de la comunión de los santos e igualmente los misterios de la fe.*⁴

En otro párrafo de la *Apología* reafirma el principio sacramental con una convicción de orden más personal y al mismo tiempo de revelancia fundamental para comprender no ya la teología de Newman sino precisamente su vida religiosa y concretamente sacerdotal. Esto nos muestra hasta dónde hacía reales sus convicciones y las convertía en acciones concretas de una existencia creyente. Precisamente su lucha contra las posturas racionalistas era por ser éstas esencialmente irreales, y una religión no puede ser sólo para ser entendida sino también vivida. Por tanto el principio sacramental lo encarnó en sí mismo en el mayor sentido que puede hacerse cristianamente en este mundo, llevando una vida consagrada que fuera signo manifiesto de las realidades eternas. Se trata, nos dice, de una convicción permanente desde 1816 en adelante.

*Tengo que mencionar, aunque lo hago con gran repugnancia, otra impresión profunda que se apoderó de mí por este tiempo, en otoño de 1816—sobre el hecho no cabe equivocación—, a saber, que era voluntad de Dios que llevara vida célibe. Este pensamiento—que se mantuvo en mí desde entonces casi continuamente, con intervalos de un mes que otro, hasta 1829 y, a partir de entonces, sin intervalo alguno—estaba en mi mente más o menos en conexión con la idea de que la vocación de mi vida entrañaría el sacrificio que supone el celibato; por ejemplo, el trabajo misionero entre los paganos, a que me sentí inclinado durante algunos años. Ello acreció mi sentimiento de separación del mundo visible, de que he hablado anteriormente.*⁵

Aun cuando aquí sólo se refiere al aspecto celibatario de tal propósito, es obvio que implicaba los demás elementos, e incluso como consecuencia de sus tendencias al apartamiento del mundo visible, hay que comprenderla en la totalidad de su pensamiento siempre lejano a cualquier maniqueísmo. No era sino fruto de esa profunda convicción de su existencia en íntima relación a un Dios personal a quien quiere entregar toda su vida. De hecho habla aquí de voluntad de Dios por

un lado y de deseos misioneros por otro. Hay que recordar que el celibato no era común entre anglicanos, lo cual nos presenta a Newman también en esto como un caso de excepción.

Así tenemos ya los principales elementos que influirán en el futuro de Newman, aparecidos en estos pocos meses de su adolescencia: el principio dogmático de la religión, la santidad personal, la seriedad de una relación personal entre él y Dios, la fe trinitaria, el sentido del desarrollo o crecimiento como prueba de lo que es vital (de lo histórico), la convicción de la realidad del mundo invisible (principio sacramental), la enseñanza de los Santos Padres y el amor por la antigüedad cristiana, y finalmente la consagración personal en la vida célibe, que signará su sacerdocio anglicano y católico.

La ordenación y los primeros trabajos pastorales

No había tomado ninguna decisión definitiva sobre su porvenir, que su padre deseaba fuera el de abogado, pero en enero de 1822 toma una resolución:

*Mi padre me dijo esta mañana que debo decidir lo que voy a ser... Y he decidido. Mi determinación es la Iglesia. Es, gracias a Dios, aquello por lo que he rezado.*⁶

La decisión de recibir las Órdenes anglicanas y ser presbítero de la Iglesia de Inglaterra no disminuía sino que aumentaba sus perspectivas académicas, y era también una posibilidad de contribuir al sostenimiento de la familia. En junio de 1823 consigue el grado de *Master* en Artes y comienza a asistir a las clases de Teología a cargo de Charles Lloyd, luego Obispo de Oxford. Su Evangelismo lo lleva a hacerse miembro de la Bible Society. Oxford no fue sólo la cuna de su formación intelectual sino la de su vocación al sacerdocio.

El 13 de junio de 1824 es ordenado diácono. Su diario dice: *Ya pasó. Soy tuyo, Oh Señor. Parezco algo aturdido, y no puedo creerlo y entenderlo del todo. Al comienzo, cuando me fueron impuestas las manos, mi corazón se estremeció. Las palabras "para siempre" son tan terribles... Señor no te pido comodidad en comparación con la santidad... Tengo la responsabilidad de las almas sobre mí hasta el día de mi muerte.*⁷

Por entonces, Newman piensa en ser misionero, y su imaginación apostólica lo lleva hasta Asia y Africa, para lo cual busca información en la Church Missionary Society. El diario también re-

cuerda sus conversaciones con Pusey sobre el ideal misionero:

*...Como pienso que el oficio misionero es el más alto privilegio que de Dios puedo poseer, aunque hablo ciegamente, no será equivocado rezar a Dios para que haga de mí un misionero. Por lo tanto en el futuro propongo hacerlo.*⁸

El diario también recoge su decisión de aceptar el curato de San Clemente:

*...Cuando pienso sobre lo arduo, me estremezco. Oh, que pueda echarme atrás, pero soy soldado de Cristo. Cada texto sobre el deber ministerial y mis votos de ordenación vienen a mí en los últimos dos días, con una fuerza diez veces mayor.*⁹

Comienza a desempeñar su labor en la iglesia de San Clemente. Predica su primer sermón en Overorton, parroquia de Walter Mayers, aquel hombre providencial en su primera conversión. El sermón trata sobre el bautismo, no como mero simbolismo sino como instrumento eficaz de gracia y renovación. Es desde el principio un verdadero pastor, que visita a la totalidad de la parroquia casa por casa. Entre sus intenciones de la semana para su oración personal en 1824, aparecen estas para el jueves:

*...Intercesión por el rebaño de San Clemente, clérigos disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rector, capilleros y otros oficios, enfermos, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas, que la iglesia pueda ser reconstruida y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad.*¹⁰

Esta oración está copiada tal cual en su posterior libreta de Misa, con la comprensible omisión de "romanistas".

Entre sus intenciones de oración para la semana, encontramos las siguientes, datadas en 1824, para los días miércoles:

*Orar por la pureza, sobriedad, castidad, temperancia, auto-negación, simplicidad, sinceridad, verdad, apertura, candor. Orar contra los excesos, deshonestidad, mundaneidad de mente, molicie, insinceridad.*¹¹

Esta lista aparece en su posterior libreta de Misa católica con algunas modificaciones: "exceso en las comidas, deshonestidad en el pensamiento, palabra u obra".

El 29 de mayo de 1825 es ordenado presbítero en la Catedral de Oxford, Christ Church. Sigue en San Clemente.

Tarea pastoral y académica

Trata de equilibrar su trabajo pastoral con el académico. Pero descubre también que la educación debe considerarse como verdadero cuidado pastoral. Esta convicción se hace plena cuando le nombran en 1826 Tutor de Oriel, cargo que le responsabiliza aún más sobre los alumnos. Renuncia a San Clemente. Se muda al College, ocupando la habitación del primer piso, en el ángulo del cuadrilátero, junto a la capilla, que será su hogar durante los próximos 17 años. En una carta de 1879, año de su elevación al cardenalato, dice:

*Mucho antes de ser sacerdote católico...cuando era Tutor público de mi Colegio en Oxford, mantenía, aún ferozmente, que mi ocupación era claramente pastoral.*¹²

Resignó, por tanto su curato en San Clemente, y anota en su diario:

Y ahora, Oh Señor, estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado.

Y después de un mes como Tutor agrega:

*Que pueda reflexionar más seriamente, que, a menos que encuentre se produzcan oportunidades de hacer el bien a aquellos sobre quienes estoy colocado, llegará a ser una cuestión seria si debo continuar en la Tutoría.*¹³

Es decir, que no le veía el sentido a todo su tiempo y energía dedicados al trabajo tutorial, si éste había de ser meramente preparar estudiantes en los Clásicos y nada más. Tampoco era de la idea de Newman que el curso de los Clásicos fuera un medio indiferente para un fin espiritual, y no un fin en sí mismo, una especie de pretexto para mantener contacto con sus alumnos y cuidar sus almas. Una dicotomía así no era propio de sus ideas. El P.Murray dice en su libro "Newman oratoriano" que "según la visión de Newman, el oficio tutorial en Oriel podía ser una cura pastoral de almas para un clérigo, porque formaría las mentes de sus alumnos con instrucción competente y formaría sus corazones al vivir con ellos. Pero aun en el proceso de formar sus mentes, podría hacer de los Clásicos una lección moral, desde que muestran la naturaleza humana tal como existía sin la gracia antes del advenimiento del cristianismo."¹⁴

Una amistad sacerdotal

El mismo año 1826, inicio de su tutoría, es nombrado *fellow* de Oriel, Richard Hurrell Froude, su gran amigo, muerto prematuramente diez años después. Tiene, por cierto gran importancia en la formación sacerdotal de Newman. Anglicano tradicional, era hijo de un sacerdote de Devonshire, de gran inteligencia y vehemencia, con ideales de santidad y captación de lo sagrado, de espíritu práctico y realista, alegre y decidido. Se sentía con ánimo de reformador eclesiástico, y desplegaba gran actividad educadora. Veía la necesidad de restaurar la Iglesia anglicana, y al mismo tiempo, hacía justicia a la Iglesia de Roma, aceptando todas sus doctrinas menos, claro, la comunión con el Papa, pero será quien acerque más a Newman al respeto y aun veneración por lo católico. Rezaba el Breviario Romano, que Newman llevará como recuerdo y usará también en sus últimos años anglicanos.

Newman nos dice de Froude:

*Sus opiniones me prendían e influían, aun en el caso de que no ganaran mi entero asentimiento. Proclamaba abiertamente su admiración por la Iglesia de Roma y su odio por los reformadores. Le encantaba la idea de un sistema jerárquico, del poder sacerdotal y de la plena libertad de la Iglesia. Despreciaba la máxima: 'La Biblia y sola la Biblia es la religión de los protestantes', y se enorgullecía de aceptar la tradición como el principal instrumento de enseñanza religiosa. Tenía una alta y severa idea de la excelencia intrínseca de la virginidad, y consideraba a la bienaventurada Virgen como su gran modelo. Le deleitaba pensar en los santos; tenía viva estima de la idea de la santidad, de su posibilidad y de sus alturas, y estaba muy inclinado a admitir una gran cantidad de intervenciones milagrosas, acontecidas en las edades primera y media. Abrazó el principio de la penitencia y de la mortificación. Tenía profunda devoción a la presencia real, en la que creía firmemente. Se sentía poderosamente atraído a la Iglesia medieval, pero no a la primitiva... Sería difícil enumerar las adiciones concretas a mi credo teológico que saqué de un amigo a quien debo tanto. El me enseñó a mirar con admiración a la Iglesia de Roma y a aborrecer en el mismo grado la reforma protestante. El grabó profundamente en mí la idea de la devoción a la Virgen y me condujo, paso a paso, a creer en la presencia real.*¹⁵

Gracias a la amistad con Hurrell Froude, comenzó a apreciar el catolicismo romano, no en lo que

consideraba en principio corrupciones, sino en sus elementos más dogmáticos, en su liturgia y práctica sacramental.

*Desde el momento que conocí a Froude, aflojé más y más mi violencia en este punto (lo del anticristo)... Además, por lo menos durante la época de los "tracts", pensaba que la esencia de su pecado consistía en los honores que rendía a la bienaventurada Virgen y a los santos, y cuanto más crecía mi devoción a los santos y a nuestra Señora, más me enfadaban las prácticas de Roma... Hurrell Froude estaba siempre empeñado en desterrar esa idea de mi espíritu... De Froude aprendí, además a admirar a los grandes pontífices medievales y, naturalmente, cuando comprendí que el Concilio de Trento fue el gran giro de la historia de la Roma cristiana, me sentí tan libre como gozoso de hablar en su alabanza... Además su celo en mantener la doctrina y la regla del celibato, que yo tenía por apostólico, y su fiel armonía con la antigüedad en tantos otros puntos, eran un argumento y apología en favor de la gran Iglesia de Roma. Así aprendí a fomentar sentimientos de amor para con ella.*¹⁶

Como Froude, podríamos citar otras personas, sacerdotes, que acompañaron a Newman en su vida, como amigos y consejeros, y también como ocasionales adversarios. Entre los primeros, sus compañeros del Movimiento de Oxford, y en su vida católica Ambrose St. John, con quien comparte la tumba en Birmingham. Entre los otros, a Hawkins, en su época anglicana y a los obispos que condenaron su Tract 90, y en su época católica a Kinsley, el que lo acusó de falsedad provocando que escribiera la *Apología*, a Talbot que lo acusaba en la curia de Roma de hombre peligroso, a Faber, que se separó del oratorio primitivo, y al Cardenal Manning, que fue su oponente en varias oportunidades. Newman se defendía cuando era necesario, y fue un gran polemista, pero admira la delicadeza con que se dirige aun a sus más encarnizados oponentes, así como la ternura y reconocimiento con sus consejeros, formadores y amigos.

Los sermones como párroco de la iglesia de la Universidad

En 1828 ocurre un hecho que signará todo su ministerio pastoral anglicano: es nombrado párroco (o vicario, como dicen en Inglaterra) de la iglesia Santa María el 20 de marzo. Era la iglesia parroquial de la Universidad. Hasta entonces había estado asistida por Hawkins, que era ahora el nue-

vo provost de Oriel. Newman recuerda el evento así: *Aquello era para mí como una sensación de primavera después del invierno y, si me es lícito decirlo así, salí de mi caparazón y permanecí fuera hasta 1841.*¹⁷

Ese año renunciará, pero vivió trece años predicando desde ese púlpito, que hoy mismo lleva la inscripción que recuerda su paso. Pero mayor recuerdo y más vivo y penetrante son los ocho tomos con los ciento noventa y un *Sermones parroquiales sencillos*.

Dice el padre Morales en su biografía que “en muchos decenios, tal vez en siglos, Oxford no había conocido una predicación semejante”.¹⁸ Newman escribió unos seiscientos sermones como anglicano, y más de la mitad antes de 1832. Publicó sólo una selección de los mismos, pero ahora se están conociendo los demás. Sus sermones anglicanos ocupan un lugar único, no sólo dentro del anglicanismo, sino en la homilética universal. Además de los *Sermones Parroquiales Simples* (Parochial and Plain Sermons), tenemos sus quince *Sermones Universitarios* (University Sermons), predicados entre 1826 y 1843 sobre las relaciones entre la fe y la razón, y los veintiséis *Sermones sobre temas del momento* (Sermons bearing on Subjects of the Day), predicados entre 1831 y 1843.

Esta colección forma por sí misma un verdadero “corpus” teológico, en el mejor estilo patrístico, donde Newman aborda, comentando la Sagrada Escritura y las doctrinas del Credo, no sólo los grandes temas cristianos sino las falencias del evangelismo, del protestantismo y sobre todo del liberalismo reinante, moviendo al auditorio de fieles a elevar su mirada a Cristo y crecer en devoción, con un estilo elocuente, poético y profundamente religioso. Pero han tenido eficacia más allá de su predicación, pues fueron escritos y publicados y, por tanto, han sido durante los últimos ciento cincuenta años lectura espiritual y formativa de miles de anglicanos y católicos.

Nos ha quedado el comentario de un testigo de sus prédicas, William Church, que sería más tarde historiador del Movimiento de Oxford: “Sólo quienes los recuerdan pueden juzgar adecuadamente el efecto de los sermones que Mr. Newman predicaba en Santa María a las cuatro de la tarde. La gente los conoce, ha oído hablar mucho de ellos, y ha emitido opiniones diversas sobre su valor. Pero apenas se da cuenta de que, sin esos sermones, el Movimiento de Oxford podría no haber ido adelante, y ciertamente no habría sido nunca

lo que fue. Incluso personas que escuchaban regularmente los sermones y sentían que eran diferentes a cualquier otro tipo de predicación, apenas reparaban en su influencia real o llegaban a advertir de momento el impacto que estaban ejerciendo sobre ellas. Sencillos, directos, sobrios, envueltos en un inglés puro y transparente, sin faltas de gusto, recios en su flexibilidad y perfecto dominio de lenguaje y pensamientos, eran la expresión de una visión penetrante y profunda sobre el carácter, la conciencia y los motivos del obrar, de una simpatía, severa y tierna a la vez, con los tentados y los vacilantes, de una fe ardiente y absoluta en Dios y en sus designios, en su amor, en sus juicios, en la gloria sobrecogedora de su generosidad y en su magnificencia. Los sermones hacían pensar a los oyentes sobre las cosas que hablaba el predicador y no sobre los sermones mismos”.¹⁹ Multitud de estudiantes y colegas de Oxford asistían a sus sermones aquellos domingos a las cuatro de la tarde.

El sermón no publicado n°290 “sobre el objeto y los efectos de la predicación” deja ver el espíritu con el que vivía el ministerio pastoral en St. Mary:

...Dios derrame Su bendición sobre aquellos que diligentemente Le buscan... Esos dones que El introduce por la ordenación en Sus siervos para el bien de Su pueblo, los introduce profundamente dentro suyo. Ellos no pueden manifestarlos todos a la vez... El Evangelio es un Espíritu que habita en nosotros. Podemos solamente comunicarlo, aunque revelamos nuestro propio carácter mientras tanto. En el mismo sermón, distingue entre el sentido que tiene “predicar” en el Nuevo Testamento, y el significado estrecho que había adquirido en su tiempo como instrucción pública: ...En la Escritura predicar es hacer el trabajo de un evangelizador, es enseñar, instruir, aconsejar, alentar en todas las cosas pertinentes a la religión, de algún modo todo. Toda educación es una clase de predicación, toda catequesis, toda conversación privada, todo escrito. En todas las cosas y en todo tiempo, es un ministerio cristiano predicar en el sentido escriturístico de la palabra... y en todos los asuntos y ocupaciones de este mundo tan verdaderamente, aunque no tan directamente como cuando está ocupado en temas religiosos. Por otra parte, ubica la predicación dentro de la celebración en su justo lugar: Los hombres...hablan como si escuchar la así llamada prédica fuese la gran ordenanza de la religión cristiana, mientras que la gran ordenanza...es unir la oración y la alabanza juntamente...es el peculiar oficio de la oración pública hacer bajar a Cristo entre nosotros, es estando muchos congregados en uno como Cristo



Ambrose St John

nos reconoce Suyos...siendo agregada la predicación sólo como medio para rezar y vivir mejor. Pero la oración es un fin, pues es devoción, sacrificio aceptable, la misma vida del cristiano.²⁰

Es interesante leer lo que Newman opinaba sobre cómo debía ser un sermón: *Considero un principio fundamental que un sermón, para ser eficaz, debe ser imperfecto. Hasta que imitemos a la Sagrada Escritura en abandonar la exhaustividad de nuestros sermones, no haremos nada detalladamente.*²¹ Efectivamente Newman se ceñía a un punto, no habla de todo, como es corriente, y además, dividía en párrafos numerados las partes de la exposición. Todos son comentarios a algún versículo o texto de la Escritura, ateniéndose a los Credos. Eran dogmáticos pero con la aplicación moral consiguiente. Newman, en efecto, afirmaba que las dificultades de la mayoría para recibir la fe no eran de carácter intelectual sino moral. No era por tanto, un problema de objeciones sino de disposiciones. Sin embargo, sus sermones no eran “morales”, sino que iban al fondo de las verdades reveladas, de la persona del Señor, su Encarnación y Redención, de la Santísima Trinidad, de los sacramen-

tos de la Iglesia, del misterio de la Iglesia misma. Como dice el padre Dessain en su biografía, “Newman fue un predicador de verdades olvidadas”. Para fines de 1832 Newman había recuperado de manera sustancialmente completa el conjunto entero de las verdades de la religión revelada.

En una de sus cartas, ya con veinte años de sacerdote católico, le da consejos a un seminarista sobre la predicación:

“En cuanto al asunto de escribir o pronunciar sermones a que haces referencia, el gran punto parece ser tener ante ti bien determinado el tema; pensar sobre él hasta que lo tengas en tu cabeza perfectamente, tener cuidado que sea un tema, no muchos; sacrificar cualquier pensamiento, aunque sea bueno e inteligente, que no tienda a recalcar tu único tema y busque seria y sumamente que los oyentes se den cuenta cabal de ese tema único. He escrito algunas páginas sobre el asunto de la predicación en un volumen sobre “Temas universitarios” que publiqué cuando estaba en Dublín.²² ...Cada uno debe formar por sí mismo su propio estilo y bajo unas pocas reglas generales, algunas de las cuales ya he mencionado. Primero, un hombre debe hablar con la mayor seriedad, quiero decir, debe escribir, no por el hecho de escribir, sino para sacar a luz sus pensamientos. Jamás debe buscar ser elocuente. Debe tener su idea en vista y escribir oraciones una y otra vez hasta que haya expresado su pensamiento adecuadamente, enérgicamente, y en pocas palabras. Debe usar palabras que se entiendan; ornamentación y amplificación podrán venir espontáneamente al debido tiempo pero nunca debe buscarlas. Debe arrastrarse antes de volar, quiero decir: la humildad, que es una gran virtud cristiana, tiene un lugar en la composición literaria. Aquel que es ambiguo nunca escribirá bien. Pero el que trata de decir simple y exactamente lo que siente o piensa, lo que demanda la religión, lo que enseña la fe, lo que promete el Evangelio, será elocuente sin intentarlo, y escribirá mejor inglés que si hubiera estudiado literatura inglesa.”²³

Sus sermones seguían el ciclo litúrgico y hacían hincapié en la santificación, el mundo invisible manifestado en el visible, la justificación, la obediencia de la fe, la seriedad y exigencia de la vida cristiana, advirtiendo que no se basa en el sentimiento y en las emociones. En este último sentido fueron casi desde el comienzo una crítica a la tendencia

evangelista. Citando de nuevo a Church: "Mostraron una reacción firme...contra la vaciedad, la blandura, el desasosiego, la mundanidad, el sentido de verdad embotado y deteriorado, que reinaban con pocos obstáculos en las modas vigentes de profesar el cristianismo; se opusieron a la superficialidad de pensamiento y de sentimiento; a la extraña ceguera ante las llamadas terminantes del Nuevo Testamento".²⁴ Este enfrentamiento con las posturas evangélicas, terminará por alejarlo en 1830 también de la *Church Missionary Society*, asociación representativa de la actividad evangelista, de la cual Newman era miembro y secretario de la rama en Oxford. Ese mismo año deja también la *Oxford Bible Society*, a la que pertenecía desde 1824.

El 25 de marzo de 1830 comienza a celebrar la liturgia de las Fiestas, que estaba relegada al olvido. Decía en un sermón de entonces:

*¿Podemos idear un sistema de predicación a los hombres más poderosos a largo plazo, en el que los menos instruidos y los más tímidos de nuestro pueblo puedan tomar parte más fácilmente, que si todos los que aman sinceramente al Señor Jesucristo adquirieran la práctica de acudir en tropel a las iglesias en las fiestas durante la semana y en los distintos tiempos sagrados...?*²⁵

Dice el P. Murray de sus sermones parroquiales, que "difícilmente pueden ser superados como predicación litúrgica. Siendo básicamente dogmáticos, y usando la tradicional teología patristica de la Encarnación, la Redención y la Trinidad, son, además, esencialmente litúrgicos, surgiendo en cada caso de la celebración litúrgica y manteniendo en mente la asamblea de fieles congregada". Murray encuentra cinco rasgos básicos en ellos: el reconocimiento del ciclo de Pascua como el gran tiempo sacramental; el Día escatológico inaugurado por la Resurrección de Cristo; el nuevo rango de sentimientos cristianos despertados por los misterios de la vida de Cristo conmemorados en la liturgia; la presencia de Cristo resucitado en su Iglesia y la comprensión de la historia sagrada como doctrina". A continuación el autor ofrece ejemplos de estas características.²⁶

El uso que hace Newman de la Escritura a través de estos sermones es singularmente fresco. Simplemente emplea su propia inteligencia innata para referirse al texto sagrado, aunque siempre existe en el fondo, el tratamiento patristico de las grandes doctrinas de la Encarnación y la Redención. Recurre al uso constante de pasajes paralelos

y al Antiguo Testamento, principalmente los Profetas, para aclarar los grandes temas del Nuevo.

Son pocas las referencias directas a las órdenes sagradas que aparecen en sus sermones. En un sermón de 1834, sobre el Ministerio cristiano, nos dice:

*Por sacerdote, en un sentido cristiano, se entiende un canal por elección, por medio del cual se derraman las bendiciones propias del Evangelio sobre la humanidad, uno que tiene el poder de aplicar a los individuos aquellos dones que Cristo ha prometido a los hombres en general como el fruto de Su mediación. Y afirmando el origen de semejante privilegio dice: Les dió una elevada comisión, y debe notarse que era paralela a la que El mismo asumió entonces. "Como Mi Padre me envió así os envió a vosotros". Los dones no son confinados a El. "Toda la casa se llenó con el perfume del unguento"... El Señor decidió la cuestión declarando que Su presencia, por medio de Sus apóstoles, estaría con la Iglesia hasta el fin del mundo, Lo prometió en la solemne ocasión de su partida.*²⁷

En uno de 1835, mostrando ese conocimiento que tenía del cristianismo primitivo dice:

Otro ejemplo notable de cómo la temprana Iglesia tenía la fuerza con que se imponía a los hombres, se hallará en el uso existente entonces de llevarlos a la Ordenación sin pedir su consentimiento. Los primitivos cristianos miraban la Ordenación muy distinto que hoy día, ¡hay de nosotros! Ahora el oficio ministerial se toma como una "profesión" de este mundo, una provisión, una manera de ganarse la vida; es asociado en la mente de los hombres con una vida comparativamente fácil, o al menos no problemática, con respetabilidad y confort, con algo competente, con una posición en la sociedad. ¡Hay de nosotros, que no sentimos ninguno de aquellos terrores que hacían escapar del mismo a los primeros cristianos! Era una función tan solemne a sus ojos (dejando de lado el riesgo de sobrellevarla en tiempos de persecución) que cuanto más santo era un hombre, menos inclinado estaba a aceptarla. Sentían que era de algún modo contraer la responsabilidad de otros hombres, confiarles su salvación, sentían que era poco posible hacerse cargo sin el riesgo de ser salpicados con la sangre de almas perdidas. Entendían algo del lenguaje de San Pablo cuando dice que la necesidad le fue impuesta, y ay de él si no predicara el Evangelio. En consecuencia retrocedían ante el trabajo, como si, usando una débil similitud, se les hubiera mandado zambullirse para buscar perlas en el fondo del mar, o escalar un risco con precipicio que produce vértigo. Sabían, por cierto, que les sería dada una abundante ayuda celestial de acuerdo a sus necesidades, pero

sabían también que, aunque fueran llamados solamente para cooperar con Dios, si alguna parte de la obra iba a ser suya propia, eso era en tal caso suficientemente temible. Por tanto huían literalmente en muchas oportunidades, cuando eran llamados al oficio sagrado, y la Iglesia también literalmente los tomaba por la fuerza y, siguiendo el precedente de la conversión de San Pablo, les imponía la necesidad.²⁸

En otro sermón famoso sobre *Los riesgos de la fe*, del año siguiente 1836, refiriéndose a la respuesta que se da al ser cristiano y a su seriedad y riesgo, nos dice:

Si ante un panorama de riquezas alguien ruega honestamente a Dios no ser nunca rico; si teniendo posibilidades de alcanzar una alta posición social alguien pide en serio no alcanzarla; si teniendo amigos o parientes, alguien acepta de todo corazón la eventualidad de perderlos y dice: "Tómalo, Señor, si es Tu voluntad; a Ti te los entrego, en Tus manos los dejo", alegrándose de que el Señor le tome la palabra; ese también arriesga, y se hace agradable a Dios. Un cristiano así verá que el Señor le toma sus palabras al pie de la letra, aunque tal vez no entienda del todo lo que dice; pero es aceptado por Dios porque habla en serio y arriesga mucho. Corazones generosos como Santiago y Juan, o Pedro, hablan frecuentemente con gran seguridad de lo que harían por Cristo. Lo dicen con toda sinceridad y como premio, se les toma la palabra, aunque no sepan todavía lo seria que es. "Dícnle, podemos" (Mt 20,22), y el compromiso queda anotado en el cielo. Este es el caso de todos nosotros en muchos momentos. Primero, en la Confirmación, cuando prometemos lo que fue prometido en lugar nuestro en el Bautismo, aunque sin ser capaces de entender todo lo que prometemos y confiados en que Dios lo manifestará gradualmente y nos dará la fuerza oportuna cuando llegue el momento. Asimismo los que reciben las Sagradas Órdenes prometen lo que todavía no discernen completamente, se comprometen en una medida que en parte ignoran, se apartan de las cosas de la tierra de un modo cuya hondura no perciben, y quizás se dan cuenta luego que deben cortar su mano derecha, sacrificar el deseo de los ojos y la agitación de sus corazones al pie de la cruz, aunque entonces creían en su sencillez que se limitaban a escoger la vida cómoda "de hombres tranquilos que habitan en tiendas". Las circunstancias influyen de muchas maneras en que una persona tome un camino u otro para el servicio de la religión. No sabe adónde se lleva; no ve el final del camino; sólo sabe que es bueno hacer lo que en ese momento hace, y oye un susurro en su interior que le

asegura, como les ocurrió a los santos hermanos, que sea cual sea la entrega que le exijan sus palabras de ahora, en el futuro, con la gracia de Dios, estará a la altura de las circunstancias.²⁹

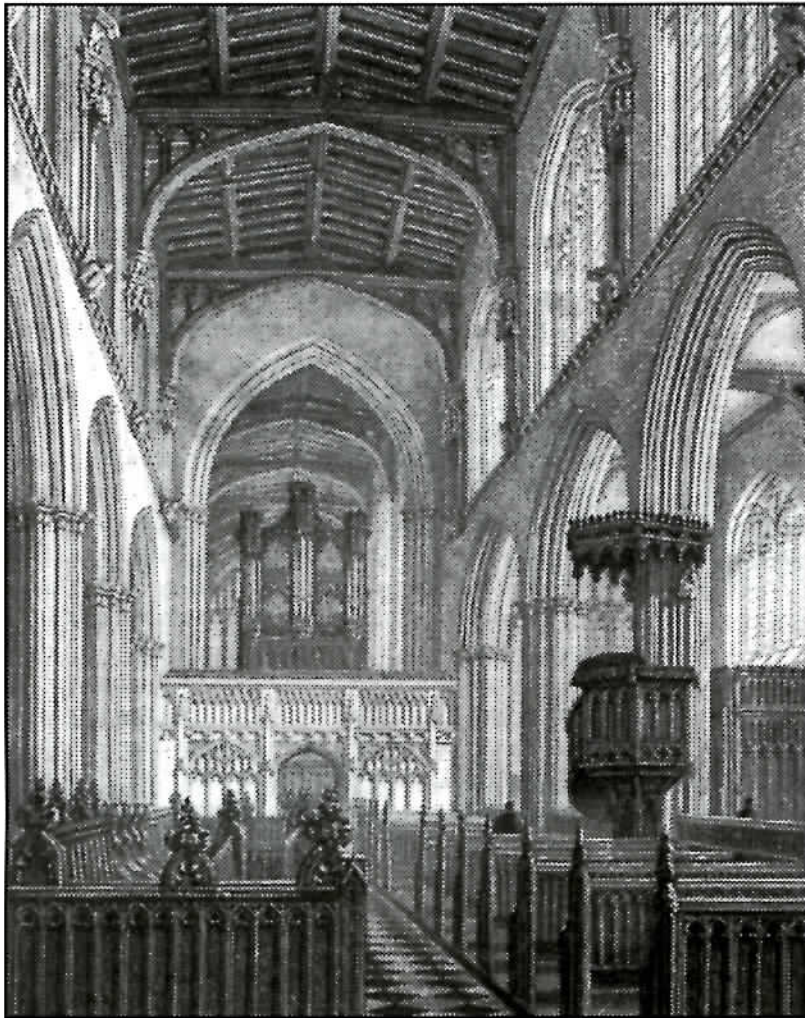
Claro que encontramos en Newman la teología sobre el Sacerdocio de Cristo, como único sacerdocio del que participan los sacerdotes de la Iglesia. Se trata de la presencia de Cristo resucitado en los misterios litúrgicos de su Iglesia. Así nos dice en un sermón de 1840:

Desde que Cristo llegó, sufrió y subió a los Cielos, ha estado siempre cerca de nosotros, siempre próximo, aunque no haya vuelto realmente, siempre apenas partido y siempre casi vuelto a venir... Los sacerdotes de Cristo no tienen otro sacerdocio que el Suyo. Son solamente Sus sombras y órganos, son Sus signos externos, y lo que hacen El lo hace. Cuando bautizan, El está bautizando. Cuando bendicen, El está bendiciendo. El está en todos los actos de Su Iglesia y ninguno de sus actos es más verdaderamente Suyo que otro, porque todos son Suyos... y pues históricamente hablando el tiempo ha pasado y el Único Santo se ha ido, son necesarias algunas formas externas, como modo de ponernos nuevamente bajo Su sombra, y nos alegramos de estas bendiciones a través de un misterio, o sacramentalmente, en orden a gozarlas realmente.³⁰

También encontramos en ensayos teológicos importantes observaciones sobre la predicación y el sacerdocio. Su gran obra de 1837 es el ciclo de *Conferencias sobre la Justificación*. En la última de estas conferencias, titulada *Sobre la predicación del Evangelio*, y teniendo a los evangélicos en mente, dice :

...un sistema de doctrina ha aparecido durante los últimos tres siglos, en el cual la fe o el pensamiento espiritual es contemplado como el fin de la religión, en vez de Cristo... Y de esta manera, se hace consistir la religión en contemplarnos a nosotros mismos, en vez de Cristo, consiste no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarse de que le miramos, no en contemplar su divinidad y su sacrificio expiatorio, sino nuestra conversión y nuestra fe en esas verdades... la moda del día es predicar la conversión, decirle a la gente que estén seguros de mirar a Cristo, en vez de mostrárselo simplemente, en decirles que tengan fe, más que en suministrarles el objeto de la fe... con el resultado de que la fe y la inclinación espiritual se han desarrollado como fines, y obstruyen la vista de Cristo.³¹

En estas Conferencias tiene un pasaje muy similar al sermón citado sobre el Sacerdocio de Cristo:



Iglesia Saint Mary the Virgin

Como Él es la fuente invisible, debe ser reconocido como el Agente, el Objeto presente de culto y acción de gracias en todo lo que es hecho, y Sus instrumentos ni siquiera son tanto como instrumentos, sino solamente los lineamientos externos Suyos. Todo está sustituido por Él y transmutado en Él... hay muchos mediadores, muchos profetas, muchos expiadores. Pero ahora todo está suplantado por Uno, en quien todos los oficios convergen, quien ha absorbido en Sí mismo todo principio, potestad, fuerza y dominio... Él es el único principio subsistente en la Iglesia Cristiana, y todo lo demás no es sino una porción o declaración de Él... No hay bajo el Evangelio sino Un apropiado Sacerdote, Profeta y Rey, Altar, Sacrificio, y Casa de Dios. La Unidad es su sacramento característico; toda gracia fluye de Una Cabeza y toda vida circula en los miembros de un Cuerpo.³²

En 1874, cuando hizo la corrección de sus obras anglicanas, agregó a este pasaje la nota: *Es verdad que no hay sino un Sacerdote y un Sacrificio bajo el Evangelio, pero esto es porque los sacerdotes del Evangelio son uno con Cristo, no porque sean impropriamente llamados sacerdotes.*

Littlemore: Newman constructor

El mismo día que fue nombrado párroco de Santa María de Oxford, el 28 de marzo de 1828, fue a visitar la villa de Littlemore, que pertenecía a su jurisdicción. Durante 18 años iría y vendría por ese camino que unía Oxford con Littlemore, ese pequeño lugar. Así parece querer significar el nombre: más pequeño o algo más que pequeño. Un pequeño lugar para un gran hombre, un pequeño hogar para entrar en la gran Iglesia. Un lu-

gar escondido que se ha hecho hoy público y notorio, meta de peregrinos y santuario de uno de los conversos más grandes de la historia de la Iglesia.

Para llegar desde Oxford había que pasar por la Iglesia de San Clemente (el primer destino pastoral del joven sacerdote anglicano), luego cruzar el río, y seguir por varios senderos que conducen subiendo una loma y atravesando la campiña. Si se seguía bordeando el río, entre setos que bajan hasta él, se pasaba por dos pequeñas represas. En los primeros tiempos hacía el trayecto a caballo, montando a su alazán árabe Klepper. Era éste el único deporte que practicaba desde sus años de estudiante. Pero la mayoría de las veces hizo el camino a pie. Littlemore distaba tres millas desde Oxford (unos cinco kilómetros), hacia el sudeste de la ciudad universitaria. Newman preparaba sus sermones durante las caminatas, y visitaba parroquianos a lo largo del recorrido. Escribe en una de sus cartas a su hermana Harriet:

*Mi caminata de la mañana es generalmente solitaria, pero casi siempre prefiero estar solo. Cuando los espíritus son buenos, todo es deleitable en la visión de la misma naturaleza que el campo muestra. He aprendido a gustar de los árboles moribundos y de las oscuras praderas; los pantanos tienen su gracia y las ranas su dulzura. Una voz solemne parece cantar desde cada cosa.*³³

Sin embargo muchas veces hizo el recorrido a Littlemore acompañado. Dice en sus notas diarias autobiográficas: *Caminata con Pusey y Wilberforce a Littlemore. Comienzo el sermón 165.* A propósito, aquí tenemos otra actividad característica de este pastor, su diario y sus cartas, colección que hoy publicada abarca 30 volúmenes (más de 20.000 cartas).

Era al mismo tiempo una figura académica distinguida de la Universidad en el Oriel College, y un simple párroco. En realidad, sus parroquianos de Littlemore nada sabían o casi nada de su vida en Oxford, y los profesores de Oxford poco se interesaban de su trabajo pastoral en Littlemore. En 1829 le dice en carta a su hermana Jemima:

*Comencé mi clase de catequesis en Littlemore el domingo pasado,*³⁴ y a su madre:

*En cuanto a dejar mi iglesia por la época que dices, es imposible. Las vacaciones largas son el único tiempo que puedo tener para conocer algo acerca de Littlemore.*³⁵

Desde el comienzo puso mucho empeño de pastor en aquella pequeña villa. Cuando Newman llegó allí, había una sola calle y casi ninguna casa

que pasara de ser una choza o pequeña casita (cottage). No tenía iglesia ni escuela. En cuanto a lo parroquial, dirá Newman que Littlemore era un ejemplo de embrollo, ya que estaba en tres o cuatro parroquias distintas, de modo que era difícil decir si una casa particular pertenecía a la de Santa María de Oxford, a la de Cowley, a la de Iffley o a la de Sandford, pues las líneas demarcatorias corrían entre las casas. Por ese entonces la villa era triste y moribunda. La población disminuyó de 452 a 194 habitantes durante los primeros diez años que Newman la atendió. Para esta gente existía el esfuerzo de caminar tres millas los domingos hasta Santa María de Oxford. Habría tres o cuatro casas de piedra, tres o cuatro tabernas o posadas, y otras tantas herrerías y provedurías.

En 1829 Newman decide que necesita el lugar una iglesia, e invita a sus dos mejores amigos, Froude y Wilberforce, a colaborar. Hubo poco dinero y mucha hostilidad de párrocos vecinos, y aún del *provost* del Oriel, quien recién en 1835 aprueba la construcción, dando dinero y tierra. Pero son los tractarianos y la feligresía que abunda en donativos, que Newman llevaba minuciosamente registrados. Los nombres de estos benefactores aparecen hasta hoy grabados en placas recordativas dentro del templo. Newman escribió a Froude:

*Mi capilla ha comenzado ayer y la primera piedra será colocada solemnemente la próxima semana. Estará techada para octubre.*³⁶

Al año siguiente, 1836, después de la muerte de su madre y de Froude, la iglesia es consagrada con el nombre de Capilla de Santa María Virgen y San Nicolás, quedando a cargo del Rev. John Bloxam, fellow del Magdalen College. Newman escribe a Bowden:

*El día fue magnífico y, como supondrás, la capilla estuvo llena. Williams leyó y yo prediqué. El lado este es realmente bello. Tuvimos una profusión de flores brillantes en ramos, alrededor de toda la capilla. El obispo estaba muy complacido. Hubo una cantidad de detalles que hicieron al día deleitable y con el tiempo, espero, digno de ser recordado. Dos chicos fueron bautizados después. La Eucaristía no hasta el domingo.*³⁷

La iglesia es de estilo gótico sencillo, con vitrales; la torre y el presbiterio fueron agregados en 1848. Encontramos, pues, a Newman, construyendo la iglesia material, signo de la iglesia espiritual anglicana que deseaba reconstruir, desde una teología seria y fundada. También aquí vemos al pas-

tor y al teólogo unidos. Cuando Bloxam decide dejar la Capilla, atraído por Roma, Newman, que estaba aún lejos de ella, se hizo cargo del trabajo pastoral en Littlemore.

La influencia personal y el Movimiento de Oxford

La convicción acerca de la influencia personal en orden a la enseñanza, la encarnó precisamente como sacerdote. Newman desarrolló todo un pensamiento sobre el tema, pero sobre todo buscó actuar siempre de esa manera. El quinto Sermón Universitario se titula *El testimonio personal, medio de propagar la verdad*. Dice allí:

...la verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma... Los hombres se deciden, con pocas dificultades, a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de éstos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara; hasta el punto de que la conducta silenciosa de la persona fiel a la conciencia tiene asegurada de parte de los espectadores un tipo de reacción completamente distinta de cualquiera de las que provoca la pura razón versátil y locuaz... Nos será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña... Generalmente quienes gozan de popularidad aparecen como grandes figuras a distancia, pero pierden volumen cuando los tenemos cerca; en cambio, el atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia; convence a los débiles, a los tímidos, a los vacilantes y a los que buscan; hace aflorar el afecto y la lealtad de todos lo que en alguna medida tienen un espíritu parecido; y sobre la multitud irreflexiva o indócil ejerce un dominio soberano, fundado en su derecho divino a regirlos, que les mueve a temer y guardar silencio; se trata del derecho que ha recibido en herencia para que le obedezcan, aunque ellos no entienden los principios o criterios de aquél espíritu que "no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Jn 1,13).³⁸

Este fue exactamente el influjo que causaba Newman y el atractivo que ejerce aún a través de sus escritos. Fruto de la influencia personal de su

sacerdocio será uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Oxford, de la historia del anglicanismo, y por supuesto de la vida de Newman: el llamado "Movimiento de Oxford", reconocido hoy por anglicanos como un hito en el desarrollo religioso, una verdadera reforma, un impulso renovador sin igual desde el siglo XVI. En julio de 1833 se reúnen Newman, Hurrell Froude, William Palmer, Hugh Rose, Arthur Perceval, y otros clérigos, todos afines a las ideas de Keble.

Serán los iniciadores, pero Newman no quiere "organizar" un movimiento. La convicción sobre la influencia personal la aplicaba al mismo Movimiento de Oxford:

Los movimientos vivos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas operan por correo, aun suponiendo que haya correo a dos peniques... Ninguna gran obra ha nacido de un sistema; los sistemas, en cambio, surgen de esfuerzos individuales. Lutero fue un individuo. Los mismos errores de un individuo suscitan la atención...³⁹

Esta forma personalista de pensar y actuar lo lleva a publicar los *Tracts*, por su cuenta y riesgo. Serían la voz cantante del Movimiento, por lo cual se le llamaría también Movimiento "tractariano". Así lo anunciaba a su amigo Bowden:

Nuestro objetivo es mover al clero, inculcar la Sucesión Apostólica, y defender la Liturgia. Esperamos publicar tracts.⁴⁰

Los "tracts" los repartía personalmente en lo posible y a caballo. *Visité al clero de varias partes del país, fuese o no conocido mío, y frecuenté las casas de amigos en que, de cuando en cuando, se tenían reuniones de eclesiásticos... No me preocupaba si mis visitas las hacía a la Alta o a la Baja Iglesia; lo que yo quería era dar una fuerte sacudida en unión con todos los que eran opuestos al liberalismo, quienesquiera que fuesen.⁴¹*

Y sin duda que produjo una fuerte sacudida. La influencia comenzó a ser enorme. *De tan modestos elementos intelectuales tan fortuitos, de perspectivas tan poco prometedoras, el partido Anglocatólico ha venido a ser, súbitamente, un poder en la Iglesia nacional... En muy pocos años se formó una escuela de opinión, fija en sus principios, pero de alcance indefinido y progresivo, y extendida por todos los rincones del país. Si inquirimos lo que el mundo piensa de él, tenemos aún mayor motivo para maravillarnos, porque aparte el revuelo producido en Inglaterra, el Movimiento y los nombres de sus dirigentes eran conocidos de la policía italiana y de los leñadores de América.⁴²*

Comenzado en 1833 el Movimiento de Oxford, desarrolla su pensamiento acerca de la Iglesia anglicana como la *Via Media*, entre el protestantismo y el catolicismo romano. Sus fundamentos eran el principio dogmático y el sacramental. La predicación escrita y oral como sacerdote ocupaba para ello un lugar insustituible. Su deseo era *dar substancialmente forma a una Iglesia anglicana viva, con posición propia y principios bien definidos, en la medida que esto podía hacerse escribiendo, con una predicación seria e influyendo sobre otros para lograrlo; una iglesia viva, con carne y hueso, con voz, con fisonomía, con movimiento y acción y voluntad propia.*⁴³

Desde principios del siglo XIX en Inglaterra predominaban dos posiciones antagónicas sobre el problema de la fe y la razón. La primera era la de la escuela 'evidencialista', que continuaba las tradiciones del siglo XVIII, el 'Siglo de las Luces'. No había espacio en este sistema para la fe del creyente humilde y sencillo, producida bajo el influjo de razones que él mismo difícilmente podía explicar o analizar. En el extremo opuesto se encontraban muchos, quizá la mayoría, de la tendencia 'evangélica', que detestaban a la escuela 'evidencialista'. Al parecer de estos 'evangélicos', las relaciones entre fe y razón eran sumamente simples: no había ninguna. El espiritual poseía una luz interior, completamente sobrenatural, que le capacitaba para creer en las promesas del Evangelio, y apropiárselas, sin ninguna ayuda de 'razonamientos carnales'.⁴⁴ Newman contesta a estos últimos en sus Sermones parroquiales (*Parochial and Plain Sermons*), y se dirige principalmente a los primeros en sus Sermones Universitarios. Con equilibrio salva los escollos del racionalismo por un lado y del irracionalismo por otro.

Newman comentó en sus últimos años que *el evangelismo había sido una gran bendición para Inglaterra, había inculcado en los corazones de miles de personas las verdades vitales y fundamentales de la revelación.* Pero el peligro que encerraba era evidente. El concentrarse en los sentimientos del corazón llevaba a un menosprecio de lo externo y objetivo en materia religiosa: el credo, los sacramentos y la Iglesia visible. La teología perdía valor, lo dogmático no interesaba. Esto favorecía el auge del racionalismo que consideraba las creencias como opiniones o sentimientos. El evangelismo derivaba necesariamente en un liberalismo religioso, relativista, adoptado por los mismos dirigentes en su política eclesiástica. Este fue el liberalismo racionalista de la época, contra el cual

Newman luchó, y que le llevó a desconfiar poco a poco de la Iglesia establecida, que no se oponía a todo ello. La verdad no importaba.

La indiferencia y ligerezas dogmáticas eran comunes tanto al liberalismo como al movimiento opuesto de los evangélicos. Aquí se producían esos tironeos de uno y otro lado del ambiente de Oxford. Newman contestaba a ambos. Estaba del lado de la verdad. Pero no le fue fácil desembarazarse de unos y otros, habiendo pertenecido un poco a ambos. Para Newman, *la cuestión vital era saber cómo evitar la liberalización de la Iglesia. Tal era la apatía en algunos sectores sobre este punto, tal la estúpida alarma en otros. Los verdaderos principios eclesiásticos parecían radicalmente decaídos y un viento de locura soplaba por las reuniones del clero. El entonces obispo de Londres, Blomfield, hombre activo y de corazón abierto, se había empeñado durante años en deshacer la lata ortodoxia de la Iglesia, metiendo miembros del partido evangélico en puestos de influencia y confianza.*⁴⁵

Otra característica contra la cual el Reverendo Newman se opuso fuertemente era la sumisión de la Iglesia anglicana al estado. Los obispos, en gran medida, aparecían como funcionarios oficiales. La Iglesia Anglicana era realmente, y aún lo es, una Iglesia Nacional, vinculada desde su origen a la monarquía. En este sentido la High Church combatió al Movimiento de Oxford, aunque éste había brotado de su seno, pues trataba de liberar a la Iglesia de semejante esclavitud, recordando desde los "tracts" su origen y misión divina, así como la doctrina de la sucesión apostólica de los obispos. En el Tract 2, escrito por Newman, dice:

...dejadme llamar vuestra atención sobre lo que parece infringir más peligrosamente nuestros derechos por parte del Estado. El parlamento ha decidido remodelar las diócesis de Irlanda, un procedimiento que significa el nombramiento de ciertos Obispos sobre cierto clero, y de cierto clero bajo ciertos Obispos, sin consultar a la Iglesia en la materia. No digo que hayo no daño con referencia a Irlanda, pero considerad si no es en sí misma una interferencia en las cosas espirituales. ¿Estamos contentos en ser tenidos como una mera creación del Estado, como pueden ser los maestros, profesores, soldados, magistrados y otros oficios públicos? ¿Nos hizo el Estado?, ¿nos puede deshacer?, ¿puede enviar misioneros?, ¿puede arreglar diócesis? Ciertamente, todas estas son funciones espirituales...¿Habría soportado San Pablo, con su buena voluntad, que el poder romano nombrara a Timoteo obispo de Mileto o de Efeso?... ¿En qué es

diferente el estado inglés del antiguo estado romano? Ninguno de los dos puede ser contado como miembro de la Iglesia de Cristo. Nadie puede decir que el parlamento inglés está en comunión con nosotros, ni siquiera que sus miembros son necesariamente cristianos. ¿Qué pretensión es, pues, la de no advertir meramente, si no la de sobrepasar el poder eclesiástico? Convenid conmigo, mientras expreso mi temor, de que no hemos considerado tanto como debiéramos, la fuerza de aquel artículo de nuestra fe, "Una Iglesia Católica y Apostólica". Es esta una afirmación tan importante que ha estado en el Credo desde el comienzo... una Sociedad, Apostólica porque fundada sobre los Apóstoles, Católica porque extiende sus ramas por todo lugar... Si expresamos nuestra fe en la existencia de Una Iglesia sobre la tierra desde la venida de Cristo hasta el fin de todo, si existe una promesa de que continuará, y si es nuestro deber hacer en esta generación lo que promueva su continuidad, ¿cómo podemos con conciencia recta soportar la interferencia de la Nación en lo que le concierne? ¿No tiende esa interferencia a destruirla?... No podéis quizás evitar lo que ha sido hecho en Irlanda, pero podéis protestar.⁴⁶ El texto muestra a Newman líder del Movimiento, decidido, seguro de sus argumentos y desplegando la característica elocuencia, llena de devoción.

Otra actividad del Reverendo Newman sería la dirección de una publicación. En 1836 tiene su primer contacto con el *British Critic*, que se iba a convertir en portavoz habitual de las doctrinas del Movimiento, bajo su dirección, desde 1838 a 1841. Entre los *Tracts for the Times* se halla el que escribe sobre el Breviario Romano, inspirado en el que Froude rezaba y Newman conservó. *Lo tomé –nos dice– lo estudié, escribí el 'tract' sobre él y lo tengo sobre mi mesa hasta el día de hoy* (está hablando en la *Apología* de 1864).⁴⁷

Las fuentes de su teología y espiritualidad sacerdotal

Su vida sacerdotal incluía, por cierto, el estudio permanente de la teología, y sus maestros fueron, por un lado, los teólogos anglicanos del siglo XVII y aún del XVIII, que Newman apreció como fuentes de esa querida reforma a la que aspiraba. En gran medida los "tracts" del Movimiento de Oxford, trataron de recopilar los escritos de los mismos en una suerte de "catena áurea" anglicana, con vistas a conformar un "corpus theologicus" del que la iglesia carecía. Se trataba de teólogos y ecle-

siásticos que representaban la opción catolizante dentro del anglicanismo, tales como John Jewell (†1571), Richard Hooker (†1600), ambos del siglo XVI, Lancelot Andrewes (1555-1626, obispo de Winchester, uno de los principales traductores de la Biblia al inglés bajo el mandato del rey Jacobo I Estuardo, y cuyas obras fueron reeditadas por los anglocatólicos en 11 volúmenes hacia 1850), William Laud (1573-1645), arzobispo de Canterbury, consejero de Carlos I Estuardo y autor del intento de una importante restauración del anglicanismo como rama de la Iglesia católica antigua), Henry Hammond (1605-1660, biblista y teólogo, capellán de Carlos I Estuardo, autor del "Practical Catechism", con obras en 3 volúmenes también reeditadas por los Anglocatólicos), Joseph Butler (1692-1752, obispo de Durham, teólogo y filósofo, autor de la célebre "Analogía de la religión, natural y revelada", libro que influyó toda la vida en el pensamiento de Newman), Thomas Wilson (obispo de la isla de Man entre 1698 y 1755, y fama de santidad por sus escritos espirituales y firme acción pastoral), George Bull (1634-1710, obispo de St. Davis, teólogo autor de la famosa obra "Defentio Fidei Nicaenae", elogiada por Bossuet), y otros.

Como ejemplo del uso de estas fuentes tenemos el Tract 88, que Newman escribe en 1840, y que consistía en la traducción de las devociones de Bishop Andrewes, una admirable unión de Escritura, liturgia y devoción personal. Newman fue un escritor espiritual siguiendo el ejemplo de aquellos teólogos anglicanos, es decir, el redescubrimiento de los Padres de la Iglesia, especialmente los griegos, que llevaba a una visión más fresca de la Biblia, y hacía teología al modo de los cristianos primitivos, quienes no separaban teología de espiritualidad, ni distinguían la una de la otra. Según Bouyer, Newman, al modo de los humanistas cristianos del Renacimiento, siguió la concepción del Pseudo Dionisio, para quien la "teología mística" no significaba alguna teología "científica" aplicada al misticismo, sino la misma experiencia mística como constitutiva del más elevado conocimiento posible de Dios. Newman era como escritor espiritual lo que teologizaba y como teólogo un escritor espiritual, en el modo de los Padres y sus discípulos del siglo XVI y XVII.

Newman reconoció en Andrewes la posibilidad de una *lectio divina* como era practicada por los antiguos cristianos, una lectura no como meditación puramente abstracta, sino como vital asimila-

ción de la Palabra de Dios. Andrewes había compuesto cientos de frases escriturísticas, litúrgicas o simplemente tradicionales, para desarrollar sistemáticamente una devoción, que ofrecían un material claro y ordenado, en un estilo muy personal pero también verdaderamente católico, que impresionó a Newman. Había allí ejercicios de penitencia, confesión de la fe, alabanza, acción de gracias, e intercesión, que llevaban a una más plena y consciente participación en los misterios eucarísticos, y a una vida plena en la presencia de Cristo. Hasta el fin de su vida, Newman afirmó que en estos ejercicios había descubierto esa forma de oración que brota directamente de la Palabra de Dios y lleva a una vida llena de Dios. No solo como sacerdote anglicano, y católico después, sino luego como Cardenal, conservaría estas preces personales para preparar su preparación y acción de gracias antes y después de la Misa diaria, y para sus meditaciones personales. Esta obra de Andrewes, traducida del griego y adaptada por Newman, compuesta enteramente de frases bíblicas, patrísticas y litúrgicas antiguas, puede considerarse la inspiración fundamental de todos los escritos devocionales de Newman.

Vemos que a través de aquellos maestros Newman descubre maestros más decisivos: los Padres de la Iglesia. Comienza la lectura sistemática de los mismos en el verano de 1828:

*A medida que me iba desprendiendo de aquella sombra de liberalismo que se me había pegado en mi carrera, retornó mi antigua devoción a los Padres, y en las vacaciones mayores de 1828 comencé a leerlos cronológicamente, empezando por Ignacio y Justino.*⁴⁸

Cinco veces durante su vida anglicana parece haber Newman dedicado tiempo específico a la lectura patrística. Primero, muy joven aún:

Cuando era todavía un muchacho, mis pensamientos fueron dirigidos hacia la Iglesia primitiva y especialmente hacia los Padres más antiguos, debido a la lectura de la "Historia Eclesiástica" del calvinista Joseph Milner, y nunca he perdido ni sufrido interrupción en la huella, profunda y gratísima, que los perfiles de San Ambrosio y San Agustín dejaron en mi mente. Desde aquel instante, el mundo de los Padres ha sido siempre para mi imaginación un paraíso de gozo, a cuya contemplación he dirigido mi pensamiento de tiempo en tiempo, cuando me he visto libre de los compromisos propios de cada momento de mi vida.

Luego, hará la lectura del verano de 1828, que descubre más tarde poco fecunda:

Me afané en analizarlos y catalogar sus doctrinas y principios. Pero... me di cuenta al examinar lo hecho que había obtenido muy poco de ellos, y concluí que los Padres leídos, exclusivamente del período anteneceno, tenían un contenido muy escaso. En aquel momento no descubrí la razón de este resultado, aunque, con mirada retrospectiva, estaba muy clara: sencillamente los había leído en clave protestante... No sabía bien qué buscar.

Luego volvió a leerlos en 1831:

Volví de nuevo al examen de los Padres cuando pude ocuparme en la historia del arrianismo.

El resultado fue su primer libro sistemático, una obra histórico-doctrinal que tituló *Los arrianos del siglo IV*, terminada en 1832. Y por último en 1835 y en 1839:

*Después me apliqué a su estudio con vistas a investigar las controversias relativas a la Persona del Señor. Dedicué dos veranos, separados por varios años.*⁴⁹

No es desencaminado decir que los Padres fueron otros tantos amigos cercanos, que compartieron con Newman los años vividos en Oxford. Aquí el hogar oxoniense se le universaliza, para convertirse de a poco en la Iglesia, precisamente 'católica'. *Los Padres me hicieron católico*, dirá, y con razón. En 1839 estudiaba más a fondo la controversia con Roma, sobre la base de la antigüedad o apostolicidad para su iglesia y la catolicidad para Roma. La antigüedad en cuanto fidelidad a los orígenes apostólicos la ostentaba el anglicanismo, y no Roma, que había añadido artículos a la fe y corrupciones a la devoción. Pero, en aquellas vacaciones de 1839, al comenzar a estudiar la historia de los monofisitas (herejía del siglo V que afirmaba una sola naturaleza en Cristo, la divina), su teoría sufrió el primer colapso; había "amueblado" mal la casa.

*Fue durante el curso de esta lectura cuando por vez primera me vino la duda de que el anglicanismo fuera sostenible... Mi fuerte era la antigüedad, y ahora, a mediados del siglo V, me parecía ver reflejada la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi cara en ese espejo: ¿Yo era un monofisita? La Iglesia de la "via media" estaba en la misma situación que la comunión oriental; Roma estaba donde está ahora, y los protestantes eran los eutiquianos.*⁵⁰

Otro impacto fue la lectura de un artículo de Nicolás Wiseman aparecido en la *Dublin Review*, sobre la pretensión anglicana comparada con los donatistas (otra herejía del siglo IV-V contra la cual luchó San Agustín), en donde encontró la fra-

se del gran obispo de Hipona: *securus iudicat orbis terrarum* (la propia traducción de Newman era: "La Iglesia universal es en sus juicios, segura en la verdad"), con la cual respondía a la pretensión católica de los donatistas, apelando a la cuestión de hecho de la comunión de las demás iglesias contra la separada.

*Las palabras de San Agustín me hirieron con una fuerza cual no sentí antes nunca de cualesquiera otras palabras... la teoría de la "via media" quedaba completamente hecha polvo.*⁵¹

La teoría concebida por Newman afirmaba que el anglicanismo era el camino seguro entre la herejía protestante y las corrupciones doctrinales y devocionales del romanismo.

Newman sentía ser sacerdote de la Iglesia de Cristo, universal en el tiempo. Su gran obra sobre *El Desarrollo de la doctrina cristiana*, que supone un riguroso estudio histórico de la Iglesia, pretende reconstruir el puente que lo une a la primitiva Iglesia de los Padres, y que le ayudará a encontrarse con la Iglesia de Roma. La reforma ansiada no era rupturista sino anclada en los orígenes y en las fuentes del cristianismo. En este sentido, Newman detestaba la idea protestante de la "sola Scriptura", sin referencia a la Tradición viva de la Iglesia, y sus mismos sermones siempre eran comentarios al texto bíblico desde la perspectiva patristica y la permanente referencia al Credo.

También comienza con Keble y Pusey una Biblioteca de los Padres de la Iglesia. Empieza, asimismo a traducir a San Atanasio, tarea histórico-dogmática que le llevó varios años.

La conversión en el retiro de Littlemore

Oxford comienza a pesarle y necesita, vistas las sospechas crecientes sobre su iglesia, y el rumbo del Movimiento cada vez más enderezado a Roma, retirarse. Piensa en Littlemore. Para tener allí un lugar de retiro, con ciertas reminiscencias de monasterio antiguo, había comprado diez acres de terreno. Allí se fue a pasar entonces la cuaresma de 1840, y se dedicó a enseñar en la escuela parroquial y al estudio del canto coral. La cuaresma de Newman en Littlemore fue muy austera. Recitaba el breviario romano diariamente, dormía en el suelo y ayunaba frecuentemente.

Su trabajo de pastor no cesaba. Escribe a su hermana Jemima:

Continúo aquí; los chicos están mejorando en su canto. He tenido la audacia de irles enseñando tonos

*nuevos. He rescatado un violín y lo he afinado, y lunes y martes les acompaño con él. Son entre treinta y cuarenta, en el aula de la escuela. Les doy catecismo también en la iglesia y han tomado interés. He realizado una gran reforma (por ahora) en las manos y caras de las niñas...*⁵²

Le vemos con estos proyectos:

*¿Qué dirías -le escribe a Bloxam- si estuviera pensando en sonsacarle a Mr. Leffer algunas tierras para construir allí un monasterio? Esto es un secreto. Estoy usando tu nombre como más influyente que el mío.*⁵³

El proyecto estaba en relación a su función docente en Oxford, pues dice en carta a Rogers:

*Supón que tomara alumnos de teología en Littlemore, ¿no debería mi casa ser una suerte de dependencia de Oriel?... Suponiendo que surgiese una opinión favorable a los establecimientos monásticos y que mi casa tuviese que seguirla y adaptarse a un regla disciplinaria, ¿no sería de desear que tales instituciones saliesen de los Colegios de nuestras dos universidades?*⁵⁴

El mismo año le dice a su cuñado Mozley, una suerte de arquitecto amateur:

*Hemos comprado nueve acres y queremos levantar un monasterio,*⁵⁵ y siguen los detalles del proyecto arquitectónico con medidas de las distintas dependencias que debe tener el edificio. Hacia noviembre le dice a Jemima:

*Hemos terminado la plantación en Littlemore y se ve realmente hermoso. Por el tiempo que sea una persona vieja, si alguna vez lo llego a ser, será un espectáculo digno de verse.*⁵⁶

La parquización la hizo, pero el monasterio jamás se construiría. Sin embargo vale la intención para descubrir los intereses religiosos de Newman y su relación con su vida en Littlemore entre 1841 y 1845. Aquel lugar era para él ya un verdadero símbolo del retiro, la oración y el estudio, unido a la docencia y a la vida de pastor, cosas todas que se conservarán luego en su vida católica en el Oratorio de Birmingham.

A finales de 1840 los contactos de Newman con Ward y el sector romano del Movimiento ya habían alcanzado una notable intensidad... La perspicacia del maestro debió advertir que en el ánimo de Ward -representante de otros muchos- se perfilaba gradualmente el dilema entre una interpretación elástica de los 39 artículos anglicanos y la secesión a Roma... Este es el estado de cosas que condujo a la redacción y publicación del famoso *Tract 90*.⁵⁷ El escrito no tenía precedentes, en

cuanto intentaba demostrar que los 39 artículos del credo anglicano estaban redactados flexiblemente, eran incompletos en sus formulaciones y ambiguos en su sentido, y por tanto exigían una interpretación adecuada, que debía estar de acuerdo con el sentir de la Iglesia católica. Newman quería decir que los artículos censuraban lo que él llamaba corrupciones populares del catolicismo, pero admitían las doctrinas católicas, y como habían sido redactados antes del Concilio de Trento, no podían ir dirigidos contra el mismo. La publicación causó una tormenta. Se habló hasta en la Cámara de los Comunes, y fue comentado en la prensa nacional. El vicescanciller, los presidentes de los Colleges y los *proctors* de la Universidad condenan el tracto como contrario al espíritu y la letra de los estatutos de la Universidad, que exigían la adhesión a los artículos en su sentido original. Según Newman no era el que se le daba, de corte calvinista protestante. Newman se declara autor del tracto y dirige una carta al obispo de Oxford, renunciando a su puesto en el Movimiento. El Tracto fue publicado el 27 de febrero de 1841. En marzo Newman se retira a Littlemore y guarda silencio, mientras sigue traduciendo a San Atanasio.

Desde julio a octubre de ese año recibe los que él llama "tres golpes que me destrozaron":

1. Poco había avanzado en mi trabajo, cuando la turbación retornó sobre mí. La aparición volvía por segunda vez. En la historia de los arrianos encontraba el mismo fenómeno, en forma mucho más atrevida que el que encontrara en la historia de los monofisitas... los arrianos puros eran los protestantes; los semiarrianos, los anglicanos, y Roma era ahora lo que fue entonces. La verdad no está en la 'via media', sino en lo que se llamó 'partido extremo'.

2. En medio de la miseria de esta nueva sacudida me encontraba cuando vino sobre mí un nuevo golpe. Uno tras otro, los obispos comenzaron a acusarme. Era un movimiento formal y determinado... Yo vi en ello una condenación... Al principio pensé protestar; pero luego abandoné la idea por desesperar de lograr nada... Unos días después un extranjero me escribió que los "Tracts for the Times" habían convertido al catolicismo a un joven amigo suyo, y me rogaba que le hiciera volver al protestantismo. Yo le contesté: "Si a consecuencia de los Tracts for the Times, se dan conversiones a Roma, yo no censuro los tracts, sino a quienes, en lugar de reconocer los principios

anglicanos de teología y política eclesiástica que contienen, se empeñan en rechazarlos. Sea cual fuere la influencia de los tracts, grande o pequeña, vendrán a tener tanta fuerza en favor de Roma si nuestra Iglesia los rechaza cuanta tendrían en favor de nuestra iglesia si los aceptara'.

3. Como si todo esto no fuera bastante, vino el asunto del obispado de Jerusalén. Se trataba aquí de la iniciativa de Inglaterra y Prusia, de consagrar un obispo anglicano que ejerciera en Jerusalén jurisdicción sobre anglicanos, luteranos y calvinistas, lo cual no era sino un intento político para reforzar la presencia de Inglaterra en el Medio Oriente. Por supuesto esto era un descarado liberalismo indiferentista en materia religiosa. Quizá la Iglesia anglicana poseyera la sucesión apostólica, lo mismo que los monofisitas; pero actos como los que se estaban llevando a cabo suscitaron en mí la gravísima sospecha, no de que pronto dejaría de ser una Iglesia, sino de que, desde el siglo XVI, había dejado en absoluto de serlo... A partir de 1841 yo estaba en mi lecho de muerte por lo que atañe a mi pertenencia a la Iglesia anglicana, aunque, por entonces, sólo gradualmente me percaté de ello.⁵⁸

Decide marchar definitivamente a Littlemore. Allí había comenzado a prepararse un lugar. Unas sencillas edificaciones que habían servido de establos o almacenes, fueron acondicionadas. Se mudó el 19 de abril de 1842. En los grandes hombres de la Iglesia, siempre ha habido algún lugar especialmente unido a su vida de fe, en los inicios; lugares generalmente retirados y propicios para la oración, la penitencia, la contemplación de Dios. San Benito tuvo Subiaco, San Francisco San Damiano y el Monte Alvernia, San Ignacio la gruta de Manresa... y Newman tuvo Littlemore. No es casual que por el mismo tiempo, desde 1840, publique *La Iglesia de los Padres*, serie de semblanzas histórico-biográficas, que salían en el *British Magazine*, la primera de las cuales estuvo dedicada a San Antonio Abad, el gran padre eremita. Newman imitaba lo que leía en la vida de aquellos santos, y nutría su espiritualidad en su teología.

Newman explica en la Apología:

Como yo había hecho en Littlemore mi retiro, así se lo ofrecí a otros... Aquellos hombres caminaban ya derechos a Roma y yo me interpuse... por fidelidad a mis compromisos clericales, por deber para con mi obispo, por el interés que estaba obligado a tomarme por ellos y por creer que obraban prematuramente o movidos por excitación. Sus amigos me rogaron que

*los calmara si podía. Algunos se vinieron a vivir conmigo a Littlemore. Eran laicos o en el puesto de laicos. A algunos los retuve durante algunos años para que no fueran recibidos en la Iglesia Católica.*⁵⁹

Newman había estado sólo tres meses, y tomó como suyo el cuarto del extremo. Desde allí, como una vicaría, atendía a la iglesia y a su gente. Continuaba predicando semanalmente en Santa María de Oxford, y lo hizo por dieciocho meses más. Pero, efectivamente, su personalidad atrajo jóvenes, y él puso a su disposición las habitaciones y la biblioteca: de este modo se convirtió en realidad la idea del "college", como habían sido los "colleges" medievales, asilo de estudiantes pobres en un edificio pobre. La mayoría era graduados y sacerdotes, muchos tractarianos mal vistos en Oxford o no aceptados por los obispos para ocupar cargo y aún para ser ordenados. El primero de ellos fue John Dalgairns, recién graduado de 24 años, de tendencias romanistas, cuya familia pensó en ponerlo bajo la custodia de Newman, cuyo único deseo era hacer reflorar el anglicanismo. También recibía a párrocos rurales que deseaban tomar unos días de retiro. El segundo residente fue William Lockardt, descendiente de Sir Walter Scott, recién graduado de 22 años.

Lockardt escribiría 50 años después: "Estuve con él (Newman) como un año. La vida era algo así como lo que leemos en las vidas de los Padres del desierto, oración, ayuno y estudio. Nos levantábamos a media noche para rezar el oficio nocturno del Breviario Romano. Recuerdo que la invocación directa a los santos se omitía, y en su lugar pedíamos a Dios que el santo del día rogara por nosotros. Creo que pasábamos una hora en oración personal y por primera vez aprendí lo que significa meditar. Ayunábamos cada día hasta las 12 horas y en cuaresma y adviento hasta las cinco de la tarde. Había alguna mitigación en domingos y festividades... Newman nunca nos dejó que lo tratáramos como superior sino que se ubicaba a sí mismo en el nivel del más joven de nosotros. Recuerdo que insistía en que no le llamáramos Mr. Newman de acuerdo a la costumbre de Oxford cuando se dirigía a fellows o tutores de los Colleges, sino simplemente Newman. Creo que nunca nos animamos a esto; lanzábamos el Mr. o nos dirigíamos a él sin nombrarlo... Ibamos a comulgar a la Iglesia de la villa y a los servicios cada día. Nos confesábamos cada semana".⁶⁰

En la iglesia de Littlemore se celebraban los oficios matutinos y vespertinos, pero para el resto acondicionó como oratorio uno de los antiguos establos, el último de la hilera, junto a su celda. Cubrió la pared que daba a la calle con cortinados rojos, sobre lo cuales colgó un crucifijo, y puso dos candelabros. Newman hacía los trabajos de la casa como el resto. Tomaba su turno como portero, leía durante las comidas y servía las mesas. Por las tardes tocaba su violín. Respecto de los libros dice en una carta:

Nuestra biblioteca aquí ha crecido tanto que no sé cómo nos arreglaremos con el lugar. Todas nuestras camas han estado ocupadas por meses y pienso que amos a dividir en dos los cuartos para admitir más pensionistas. Llegó el que sería su fiel amigo por años, Ambrose St. John, quien esperaba que Newman le planificara el futuro, pero éste le contestó:

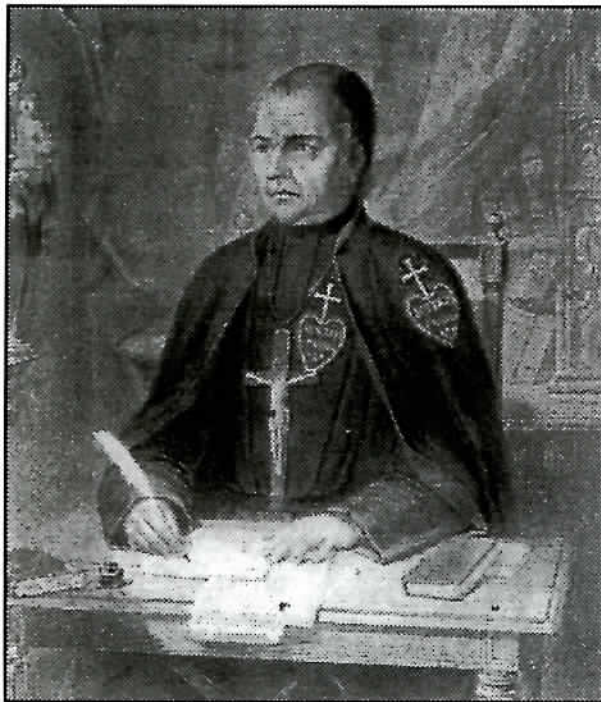
*No es bueno dar consejo cuando quizás cree más dificultades, en vez de quitarlas... Tendrá usted que tomar su decisión por sí mismo. Venga a Littlemore, nos alegraremos con su compañía y, si la quietud y el retiro lo ayudan, podrá lograrlo.*⁶¹

Llegan también Stanton, Bowles, Walker, Knox, Christie, todos ellos hacen con Newman su primer retiro espiritual, guiados con un ejemplar compuesto por el padre jesuita Stone, sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Newman lee por este tiempo obras de San Alfonso María de Ligorio, asombrándose de encontrar todas las supercherías que asignaban los protestantes a la piedad católica.

Las dudas de Newman eran ya enormes. En septiembre de 1843 renuncia por fin al cargo de vicario en Santa María, desde cuyo púlpito había predicado durante quince años. Predicó su último sermón allí, y también en Littlemore. La capilla estaba llena con sillas afuera en el jardín cementerio. Bloxam, Pusey, Copeland, Bowles y otros estaban allí. Ciento cuarenta personas recibieron la comunión y muchos lloraron, pues Newman predicó su sermón número 604, titulado "La despedida de los amigos".

*Amigos míos, —termina diciendo— si a alguno de vosotros he ayudado alguna vez con mi enseñanza, mis escritos o mi simpatía... amigos míos, recordadme y orad por mí.*⁶²

Después del sermón descendió, se sacó la cogulla y la colgó. Los presentes supieron por ese gesto que había dejado de enseñar en la Iglesia de Inglaterra.



Padre Doménico Barberi

Luego permanecí tranquilo en Littlemore...En el intervalo entre los otoños de 1843 y 1845, me mantuve en la comunión de laico con la Iglesia de Inglaterra, asistiendo como de ordinario a sus actos de culto y absteniéndome completamente del trato con católicos, y de sus lugares de culto, y de aquellos ritos y prácticas religiosas como la invocación a los santos... Todo esto lo hacía yo por convicción, pues nunca pude entender cómo puede nadie pertenecer a la vez a dos confesiones religiosas.⁶³

Comienza a escribir su ensayo sobre el desarrollo del dogma. Corrían rumores: "¿Qué espera?". Viejos tractarianos y amigos que lo habían querido sugerían que no estaba en sus cabales. Entre los católicos también se rumoreaba que el fin estaba cerca. Newman no sabía nada de todo esto. Escribía su Ensayo en la biblioteca, de pie, como solía escribir, sobre la mesa que hoy se nos muestra bajo su retrato. Sus mismos compañeros, a excepción de Dalgairns, no sabían qué escribía. Por ese entonces la Universidad condena a Ward, quien se casa y pasa a la Iglesia de Roma. Otros tractarianos son impulsados a lo mismo. Sus compañeros comienzan a hacer planes en el mismo sentido eligiendo distintos destinos, en plan ya de ir abandonando Littlemore. El plan de Newman era ver acabado y en prensa su Ensayo, y luego, por Navidad ser admitido a la Iglesia Católica. Dalgairns se movió

más rápido. En septiembre dejó el College y se fue a Aston, donde estaba el Padre pasionista Doménico Barberi, y fue admitido en la Iglesia de Roma. Dos días después volvió a Littlemore. Necesitaba el permiso de Newman para que el padre Barberi parara allí, de camino a Bélgica. Newman estuvo encantado y sorprendió a Dalgairns cuando le dijo que él también pediría ser admitido en la Iglesia Católica.

El 3 de octubre renunció a su cargo de *fellow* del Oriel College que había desempeñado durante 23 años, y empezó a redactar unas treinta cartas a familiares y amigos, que enviaría una vez dado el paso. He aquí una:

Mi querida Sra. Bowden (viuda de su gran amigo John Bowden que había muerto, luego conversa al catolicismo): *estoy esperando al P. Dominic, el pasionista en su viaje desde Aston en Staffordshire a Bélgica, donde tiene que asistir al Capítulo de su Orden. El, Dios mediante, me admitirá mañana o el viernes, en el que creo es el único rebaño de Cristo. Dos más de nuestra comunidad, Bowles y Stanton, serán recibidos conmigo. Christie, que ha estado aquí todas las vacaciones, está yendo hoy a un sacerdote de Londres.*⁶⁴

El 8 de octubre el padre Barberi llegó a Littlemore a las 10.30 de la noche, en medio de un diluvio. Entró en la biblioteca y comenzó a secar sus ropas. En ese momento entró Newman y se arrodilló. Hizo su confesión general de toda su vida. Volvió a sus habitaciones extenuado. Pero a las 5.30 de la mañana del día 9 estaba escribiendo nuevas cartas, en especial una a su hermana Jemima. Por la tarde, junto a Stanton y Bowles fue recibido en la Iglesia Católica. El padre Barberi celebró Misa en la pequeña capilla oratorio. No había altar, y trajeron el escritorio del cuarto de Newman, el que había usado para escribir su Ensayo inconcluso. Todavía está allí, y el que esto escribe tuvo por gracia de Dios la oportunidad de celebrar Misa sobre él. Newman recibió en esa Misa su Primera Comunión católica. El college permaneció cerrado mientras estuvo el padre Barberi. En las oraciones de la tarde se suplantó el latín con la pronunciación de Oxford por la italiana romana, y se cantó por primera vez la antífona de la Santísima Virgen.

El "paso" había sido dado. Aquí cabría tener en cuenta el encuentro de Newman con aquel gran sacerdote que fue el padre Doménico Barberi, beatificado por el Papa Pablo VI en 1973. La providencia había llevado hasta Newman la presencia de aquel santo, que como su fundador, San Pablo de la Cruz, había tenido años antes la visión de que sería enviado a Inglaterra para una gran obra de conversión. No cabe duda de la honda impresión que causó en Newman su figura sacerdotal.

Newman vivió en Littlemore hasta el 22 de febrero de 1846. La ida de Littlemore fue muy dura para Newman. Dice en cartas del momento:

Me doy cada vez más cuenta de que dejamos Littlemore y de que es como ir al mar abierto...no sentí nada al dejar Oxford o Santa María, pero me afecta profundamente dejar Littlemore... Ha sido más que costoso para mí. Tuve que arrancarme a mí mismo del sitio, y no pude evitar besar mi cama y la chimenea y otros rincones... He sido muy feliz allí, a pesar de encontrarme en una situación de espera. Allí me ha sido señalado mi camino y he recibido la respuesta a mis oraciones.⁶⁵

Sacerdote católico y oratoriano

Luego de su conversión, los lugares de residencia de su vida católica serán cuatro: Old Oscott, rebautizada a su vuelta de Roma como Maryvale, residencia católica que le fue ofrecida por Nicolas Wiseman; Roma, adonde se dirige para su preparación a la ordenación sacerdotal católica; y definitivamente Birmingham, donde fundará el Oratorio inglés, en el que vivirá hasta el fin de sus días.

Nicolas Wiseman, también futuro cardenal, era por entonces obispo coadjutor del vicario apostólico del distrito central de Inglaterra y Gales y presidente del College católico de Oscott. Estaba exultante con las conversiones, pues trabajaba desde hacía años en la conversión de Inglaterra, meta de muchos católicos y esperanza siempre viva de la Santa Sede. Un artículo suyo había abierto los ojos de Newman cuando estudiaba la cuestión monofisita, al encontrar aquella frase de San Agustín. Lo cierto es que, cuando Newman fue a verlo a fines de 1845 para recibir la Confirmación, Wiseman le convenció de prepararse a recibir el orden sagrado católico, pues no estaba todavía en la perspectiva del converso ser sacerdote católico. Le ofreció a él y a su grupo el edificio llamado Old Oscott, en las afueras de Birmingham.

En cierto sentido la vida de Newman cambió muy poco. No tuvo que alterar su doctrina sobre la Iglesia, y hacía tiempo que creía en la presencia real de Cristo en la eucaristía. Sí añadió la doctrina de la transustanciación, del purgatorio, las indulgencias y la invocación a los santos. La devoción a Nuestra Señora ya la tenía, habiendo predicado sermones inolvidables desde el comienzo de su sacerdocio anglicano. En cuanto a la oración, añadió prácticas católicas como el rosario y las visitas al santísimo sacramento, pero se atuvo a las fórmulas de su juventud.

Newman recibe en Oscott la tonsura y las órdenes menores. Wiseman le propone ir a Roma para estudiar más la teología católica y ser ordenado sacerdote, pero al mismo tiempo se le ve en la capilla de Oscott recibiendo catecismo y haciendo cola junto a adolescentes para confesarse. La humildad fue quizás la virtud más evidente en él, como no podía ser de otra manera en quien buscó siempre la verdad con olvido de sí. En septiembre de 1846, acompañado del fiel amigo Ambrose St John, partió para Roma. La amistad de St John sería en la vida católica de Newman, lo que Froude había sido en la anglicana.

Se instalaron, él y St John en el colegio de *Propaganda fide* para estudiar teología. Le conmueve la grandeza de lo católico. Asiste en San Pedro a una Misa celebrada por el Papa en el Altar de la Confesión. Valora la maravilla de la Ciudad Eterna a la luz de la fe plena. Pero advierte también el lado oscuro: la ausencia de un pensamiento filosófico real en las facultades de teología de Roma, y una enseñanza inalterable.

Asiste a las clases de la Universidad Gregoriana. El nivel era modesto, pues los alumnos se limitaban a estudiar manuales deficientes, ignorando casi a San Agustín e incluso a Santo Tomás. Tampoco había recurso a los Padres. El teólogo más destacado era Giovanni Perrone, jesuita, quien había citado en sus clases algunos textos del Newman anglicano, no siempre para aprobarlos. Newman apreciaba el tratado sobre razón y fe que Perrone había publicado. La preocupación de Newman era la aceptación de su *Ensayo sobre el desenvolvimiento de la doctrina cristiana*. Newman preparó un resumen en latín de sus tesis teológicas. Perrone le hizo pocas observaciones. Ahora podía seguir tranquilo desarrollando su pensamiento en el seno de la Iglesia católica.

Pero a pesar de lo importante de sus tesis teológicas, su mayor preocupación de entonces era clari-

John Henry Newman y
Ambrose St John en
Roma (por María
Giberne, 1846-1847)



ficar su vocación, o mejor dicho, encauzarla, tanto él como el pequeño grupo de conversos que le acompañaba. Tenían que encontrar el camino, el lugar, el modo, de servir a Dios en la Iglesia de Roma. Reflexionó sobre su entrada en diversas órdenes religiosas. Queda así comprometido en una nueva búsqueda espiritual. En verdad comienza a vivir situaciones de vocación juvenil, pero a los 46 años. Está en su juventud católica, no respecto de la fe católica, ya madurada por tantos años de oración, trabajo intelectual y pastoral, sino en cuanto a su lugar y a su actuación como sacerdote católico.

Para comprender la decisión que Newman va a tomar es necesario recordar algunas ideas que ya estaban en él, y que, como todo lo suyo, no serán destruidas sino “desarrolladas”, para usar su mismo lenguaje. *No os desprendáis de las cualidades que Dios os ha entregado, sino perfeccionadlas para su servicio*, dirá más adelante.⁶⁶

En primer lugar, ya vimos el aprecio que desde sus estudios de la patrística, había comenzado a tener por la vida monástica, hasta pensar *si no se podría fundar, en toda sencillez y sinceridad sobrenatural, una sociedad semejante si los tiempos fueran mal*.⁶⁷

Junto con Froude, en los inicios del Movimiento de Oxford, imaginaban agrupaciones de presbí-

teros célibes que ejercieran su labor en las grandes ciudades, y ésta era precisamente la idea que tenía de un College, al estilo del siglo XIV, con *fellows* célibes dedicados a la oración, la predicación, la defensa de la Iglesia, el culto y el estudio de las ciencias y las artes. De hecho, vimos cómo adquirió un terreno en Littlemore con este propósito, y cómo, cuando lo exigió la situación, dejó Oxford por Littlemore, llevando allí una vida de retiro orante y estudio, en cuyo ambiente decidió su conversión. Todo esto podría hacer pensar que, ya católico, Newman se habría orientado a la vida monacal, terminando benedictino. Su tendencia a la no-mundanía, que tenía desde su adolescencia, apoyaría esta posibilidad.

Pero, como bien dice el padre Morales en su biografía, “Newman era hogareño, y a pesar de su no-mundanía necesitaba un contacto con el mundo que la vida monástica no podía proporcionarle”.⁶⁸ Lo cual nos confirma en la óptica que hemos elegido para hablar de él como aproximación a su vida: su “hogar” dentro del catolicismo no estaba en un monasterio. Tampoco estaba en la Compañía de Jesús, que era la orden religiosa de mayor prestigio, ni en los dominicos (St John parecía inclinarse por los jesuitas y Dalgairns por los

dominicos). Newman buscaba lo que más se asemejara con lo que él era y tenía en su mente: un *fellow* de Oxford y un *gentleman* inglés.

Había escuchado, o más bien leído, en 1839, un artículo de Wiseman para el *Dublin Review*, en el que éste hacía la recensión de los *Remains* de Hurrell Froude, donde se hablaba de aquellos grupos de sacerdotes en orden al apostolado en Inglaterra, idea que como vimos compartía con Newman. Wiseman decía: "Una comunidad de sacerdotes que hagan vida común según una benigna pero permanente regla y que extiendan su trabajo a todo el país nos parece el medio más eficaz para difundir nuestra santa religión... La institución que mejor encarna todas nuestras ideas en este asunto es el Oratorio de San Felipe Neri".⁶⁹ Esta fue la primera vez que Newman se enteró del santo italiano y de su obra, pero se ve que nunca lo separó de su mente. Siete años después le vemos en Roma a punto de ser ordenado, y volvió al mismo pensamiento.

*El Dr. Wiseman tenía razón al decir que debíamos ser oratorianos. Lo que hemos visto en París nos ha desanimado con respecto a los paúles. Los jesuitas parecen estar fuera de lugar en todas partes. Tampoco oímos gran cosa de los dominicos. Se diría que este tiempo pide una secularidad externa con un compromiso interno de moderado ascetismo; y esto es precisamente lo propio del Oratorio.*⁷⁰

San Felipe Neri no había fundado una nueva orden religiosa en el siglo XVI, sino un grupo de sacerdotes seculares que vivían en común sin emitir votos y con el único vínculo de la caridad fraterna. Cada casa del oratorio vivía independientemente su vida, en la que los sacerdotes desarrollaban su actividad basada en los sacramentos, la prédica sencilla y el ejercicio de las obras de caridad. El Oratorio comenzó siendo la reunión que tenía el Santo con sus discípulos, en torno a la lectura, oración y conversación espiritual, en su habitación de Roma, y terminó siendo el lugar y luego el nombre de la Congregación, que exigida por el Papa, se avino a fundar. Renovó la vida del clero secular de entonces y la del pueblo fiel. Entabló amistad con los grandes escritores, científicos y artistas de la época. Amigo dilecto del gran músico Palestrina, el primer polifonista de la música religiosa, incluyó en la vida del oratorio la dedicación a este arte, como actividad necesaria a la piedad y devoción cristiana. También en esto último Newman encontró un parecido consigo mismo: su violín y el canto en las celebraciones,

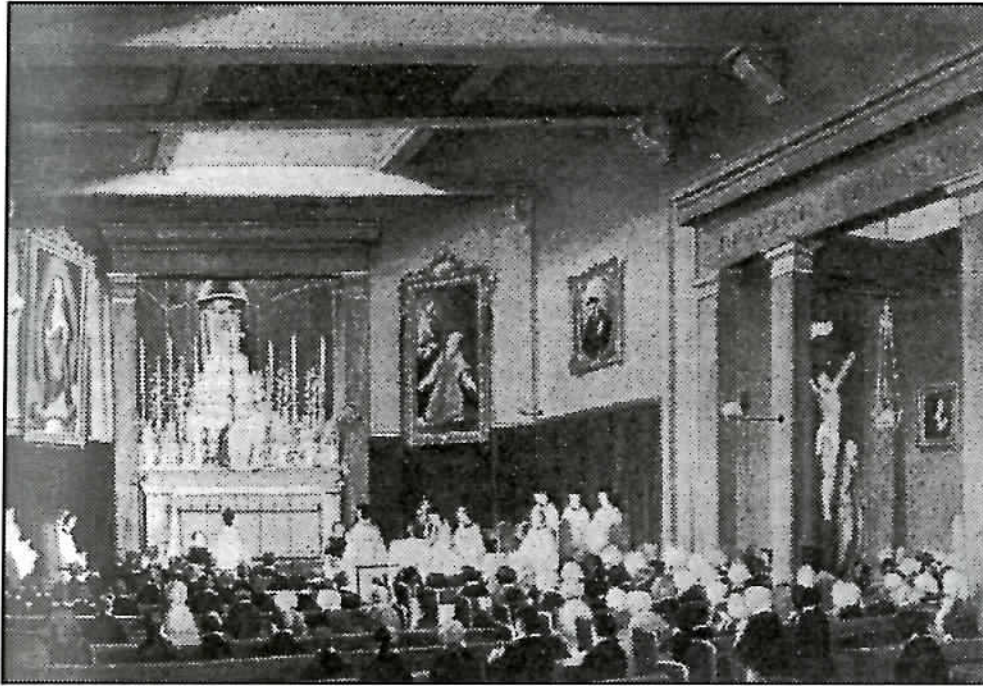
que enseñara con esmero en Oxford y Littlemore, tenían su continuidad católica. San Felipe tenía, además, como distintivo de carácter, una afabilidad y alegría que ganaba a todos, incluso por las dotes de un gran humor, y fue llamado "el apóstol de Roma". Newman le cobró gran afecto desde que le conoció.

Los oratorianos podían ser, en efecto, lo apropiado para los nuevos conversos, un camino intermedio entre los jesuitas o la vida religiosa, y el clero secular. Su estilo era el de ser sujetos libres, que tenían pocas normas y vivían en comunidad mediante el buen trato, el conocimiento propio y el de los demás, bajo la tutela de un superior, que se elige entre ellos. Esto, de hecho y en esencia, ya lo habían vivido Newman y sus compañeros en Littlemore y en Old Oscott, y tenía como antecedente más lejano la misma vida como fellows en el Oriel. La continuidad quedaba garantizada. Newman seguía fiel a sus siete notas de un desarrollo auténtico, que había escrito uno o dos años antes.

Dice en una de sus primeras cartas a los oratorianos ya instalados en Birmingham:

*Ahora diré en una palabra lo que es la más cercana aproximación de hecho a una Congregación del Oratorio que conozco, y es uno de los Colleges en las Universidades anglicanas. Tomad un College tal, destruid la rectoría, aniquilad mujer e hijos, y colocadlo en el cuerpo de fellows, cambiad la religión de protestante en católica, y dad al rector y a los fellows trabajo misionero y pastoral, y tendréis una Congregación de San Felipe delante de vuestros ojos...un oratoriano tiene sus propios cuartos, y sus propios muebles...no forma una celda sino un 'nido'. Tiene sus cosas alrededor, sus libros y pequeñas posesiones. En una palabra, tiene lo que el inglés expresa con la característica palabra 'comfort'. Y esta característica de las habitaciones privadas del oratoriano no es sino la muestra de cada parte de un establecimiento oratoriano...*⁷¹

Por supuesto no hay que interpretar este 'comfort' en el sentido mundano o en la búsqueda de la comodidad moderna, sino en contraste con la celda del monje o del religioso, y en correspondencia con las necesidades de la vocación a la que Newman se sentía llamado. Se trataba de la comodidad básica, llena de sencillez, apartada de la ostentación, así como buscaba apartarse en lo intelectual de la erudición pedante y en la vida espiritual de aparentar virtud. La figura de San Felipe era sin duda el modelo que tenía a la vista. Por supuesto, debía adaptar en alguna medida las reglas al ambiente propio de Inglaterra, y así se lo acon-



sejó en mismo Papa Pío IX, que aprobará los nuevos estatutos.

Newman y St John fueron ordenados sacerdotes el 30 de mayo de 1846 en la capilla del Colegio de Propaganda Fide, por su rector el Cardenal Frasoni. El 3 de junio Newman celebró su primera Misa y el 8 lo hace en la habitación de San Ignacio, en el Gesú. Luego se reúnen Newman y sus seis compañeros: Ambrose St John, John Dalgairns, William Penny, Richard Stanton, Frederick Bowles y Robert Coffin, todos conversos entre 1844 y 1845. Los futuros oratorianos se reúnen en Santa Croce, para prepararse en lo propio de su nueva vida. El mismo Papa los visita en agosto. En diciembre Newman está de vuelta en Inglaterra.

Fue nombrado primer superior del Oratorio inglés, que debía estar en Birmingham, donde Wiseman era Vicario Apostólico. La comunidad se instaló en la casa de Old Oscott, que fue rebautizada con el nombre "Maryvale" (Valle de María), el 1 de febrero de 1848, vigilia de la fiesta de la purificación, que era (para seguir con la continuidad) la fiesta del colegio de Oriel de Oxford, llamado colegio de Santa María, al igual que la iglesia que le estaba adjunta, y que era la capilla de la Universidad donde Newman había sido vicario tantos

años. En 1849 se mudaron a la calle Alcester, en medio de Birmingham, donde establecieron el oratorio y una iglesia, con parroquia y escuela. Más tarde cambiarían nuevamente de sitio, pero siempre en Birmingham. Newman había encontrado finalmente el "hogar" donde vivirá el resto de su vida, su 'nido' definitivo en el gran hogar de la Iglesia católica.

Cuando Newman intentó la vida comunitaria en Littlemore en sus últimos años de anglicano, incluyó muchas más prácticas penitenciales que en la observancia oratoriana. En su primera Carta Capitular de 1848, dice que San Felipe *prefería la oración, la predicación y los sacramentos, a los ayunos, vigiliias, silencio y salmodia.*⁷²

Como oratoriano deseaba vivir una vida comunitaria modelada en aquella de un College de Oxford. Como el Oratoriano no tiene "votos" y posee muy pocas reglas, debe hallarse necesariamente algún lazo común. Este sólo puede ser la "caridad". Que encontrará su mejor expresión en un refinamiento humano y un tacto tal como el que se obtiene entre hombres educados. Pero sin erudición pedante. Dice en la *Apología*:

Viví con mis alumnos privados, es más, con algunos de mis alumnos públicos, y con los fellows más jóvenes

de mi Colegio, sin fórmulas ni distancias, en pie de igualdad.⁷³

Y agrega en su diario que cultivó con tales jóvenes relaciones casi de igualdad, desterrando, tanto como se podía, la manera rigorista de moda entonces entre los tutores, y buscando su sociedad en ejercicios al aire libre, por las tardes, y en vacaciones.⁷⁴

Mantuvo este ideal de maneras inglesas caballerescas en el Oratorio. Así dice:

No se sigue que, porque el refinamiento no tenga valor sin la santidad, sea innecesario e inútil con ella. Debe resaltar y recomendar la santidad interior, así como el don de la elocuencia hace resaltar el argumento lógico...y así el don de las maneras puede ser necesario para ganar...aunque la excelencia cristiana es distraídamente más refinada, más atractiva, aun así por varias circunstancias...puede no ser posible... Y si esto puede ser verdad aun de los santos, muchos más lo será de una multitud de hombres buenos que no son santos, en quienes por enfermedades de toda clase, por temperamento natural, por los malos hábitos de la infancia...el manso, amoroso y considerado Espíritu de Cristo no fluye del corazón a los ojos y a la lengua y a los otros instrumentos de comunicación externa...⁷⁵

Del efecto de esta cualidad de la caballerescidad habla en otra de sus Cartas Capitulares:

Existe una tendencia mayor a los malos entendidos, celos, irritación, resentimiento y contienda, cuando la mente no ha sido cultivada o lo que se llama ampliada (enlarged), que donde los libros y las relaciones de sociedad y el conocimiento del mundo han servido para poner las cosas en su verdadera luz, para guardar la mente de la exageración, hacerla paciente de las diferencias, y darle autodomínio entre diferencias de opinión y conducta. No quiero decir que esas virtudes que he mencionado son necesariamente cristianas, sino que son cristianas en un cristiano. Cuando una mente cristiana las toma dentro suyo dejan de ser seculares, son santificadas por su poseedor y llegan a ser los instrumentos del bien espiritual.⁷⁶

Acerca de la vida célibe, en su época católica, además de los sermones admirables sobre la Virgen Santísima, tenemos el discurso sobre la Virginitad de 1854, con ocasión de la profesión religiosa de la hija de uno de sus más grandes amigos, Bowden: Allí dice acerca de ese celibato que no está basado en el Evangelio, que es *un estado de vida...melancólico por sus desolaciones no correspondidas...poco simpático por el orgullo y la autoestima sobre la que está basado. Esta no es la virginitad del Evangelio... La virginitad de un alma cristiana es un matrimonio con*

Cristo...nuestro para amar, nuestro para consultar, nuestro para contemplar. Tan enteramente nuestro que es como si El no pensara en nada sino en cada uno de nosotros personalmente...Y esto es estar casado con Jesús...es ser Suyo, mientras El es nuestro...hasta ese Día que nos reúne..., las vírgenes prudentes llevando sus lámparas..., y El nos lleve al banquete eterno, donde estará la madre de Jesús, con las jarras de vino celestial...⁷⁷

El Oratorio recién fundado se vio enriquecido con nuevos miembros, un grupo de conversos liderados por Frederick William Faber, seguidor de Newman desde los años 30, y convertido también en el 45, pero con una evolución diferente, nunca del todo desprovista del evangelismo emocional del que provenía. Muy familiarizado desde antes de la conversión con el ambiente católico francés e italiano, ya oratoriano representó una línea de extravagante italianismo. El y sus seguidores devinieron en una postura más bien ultramontana acerca del papado, creyendo ser mejores seguidores de San Felipe que Newman, que fiel al santo italiano y al espíritu y regla del oratorio, sin embargo mantenía la postura inglesa y moderada, que era la que convenía, por otra parte, al momento. Hubo malentendidos sobre la regla que Newman había llevado a Inglaterra, y el grupo no quiso aceptar las advertencias del fundador y superior. En 1848, el mismo año de la fundación del oratorio de Birmingham, había fundado un segundo oratorio en Londres, que puso bajo la responsabilidad de Faber, de modo que la desavenencias terminaron por producir la ruptura de ambas casas en 1855. Newman tuvo que hacer obligadamente un viaje a Roma para aclarar el conflicto y logró que se independizara al oratorio londinense. Como todo fundador tuvo que sufrir estas divisiones entre los suyos.

Sus sermones en el ámbito del Oratorio de Birmingham, fiel a su docilidad, aparecen según modelos católicos. No son tan típicos como los de la época anglicana, pero están llenos de elocuencia. Publicó un volumen bajo el título *Discourses to Mixed Congregations* (Discursos de misión a asambleas interconfesionales), donde mueve a la conversión de los anglicanos al catolicismo o bien a una vida más consecuente con su fe a los católicos. El lenguaje es severo e insiste por este tiempo en presentar al anglicanismo y al catolicismo como *religiones distintas*. Entre sus temas, además de los relacionados con la naturaleza y la gracia, están los bellos sermones sobre los sufrimientos morales

del Señor en su pasión. La publicación fue dedicada a Wiseman.

El nuevo auditorio de Newman era el correspondiente a la ciudad de Birmingham, notoriamente diferente de aquel, no sólo por ser católico, sino por el nivel social, cultural y económico. Junto con Manchester, Leeds y Sheffield, Birmingham era uno de los centros industriales agigantados por la revolución técnica del siglo XIX, lleno de hornos y chimeneas humeantes, antecesoras de nuestras urbes con su 'smog'. Crecía rapidísimo, y nuevos barrios aparecían constantemente. Hacia mitad de siglo vivían allí unas 250.000 personas, la mayoría obreros de las fábricas. No era el anglicanismo, sino el protestantismo de los non-conformists, el que abundaba. Los católicos eran, por supuesto, minoría.

*Venimos en nombre de Dios, predicó Newman en la apertura del Oratorio. Pedimos sólo que se nos oiga, que juzguéis por vosotros mismos si hablamos o no las palabras de Dios. Esto no es pedir demasiado, aunque es bastante más de lo que la mayoría de los hombres suele conceder, porque no se atreve a escucharnos y se muestra impaciente a causa de prejuicios o por temor a conseguir certezas y convicciones... No solicitamos vuestra confianza porque aún no nos conocéis. No pedimos que aceptéis sin más nuestras palabras. Os invitamos simplemente a considerar, primero, que tenéis almas que salvar, y, en segundo término, a juzgar por vosotros mismos si, de haber revelado Dios una religión para redimirnos, esa religión puede ser otra que la fe que os predicamos.*⁷⁸

El padre Newman comenzó a trabajar en la viña como en los mejores tiempos de Oxford, pero le dice en una carta a su amigo Wilberforce, que se convertiría pocos años después:

Es terrible comenzar una vida tan nueva al final de mis días ¡Cómo querría tener ahora la energía que había en mí cuando inicié los Tractos de Oxford!

Esta costumbre de verse achacoso, aunque a veces lo estaba, se acentuaba en él, creyendo de veras que estaba en sus últimos días, cuando en el plan de Dios sólo andaba por la mitad del camino. Sin duda el esfuerzo de su trayecto hacia la fe católica le había hecho vivir demasiado intensamente sus primeros años de madurez. A los sesenta y cinco creará morir y escribirá el célebre poema *The Dream of Gerontius* (El sueño de un anciano), maravilla de meditación sobre las postrimerías, en el drama de un agonizante que finalmente despierta a la eternidad. Aún viviría veinticinco años más, y nunca inactivo.

Después de algunos meses en Birmingham, escribiendo a María Giberne, (conversa del evangelismo al catolicismo y luego monja de la Visitación en 1863), le dice:

*Tenemos una capilla aceptable que admite seiscientas personas cuando se llena del todo, como suele ocurrir los domingos. En la pasada noche hubo gente que vino una hora antes y muchos no pudieron entrar. Damos conferencias, muy frecuentadas, los lunes y jueves, y confesamos diariamente, mañana y tarde, a todas las horas... Esperamos iniciar pronto una escuela de día.*⁷⁹

Nuevos oratorianos ingresan como novicios, entre los que se hallan dos hijos de su entrañable amigo tractariano John Bowden, muerto en el anglicanismo en 1844, cuya esposa también se hizo católica, y una de sus hijas, católica y monja de la Visitación como Giberne. Hubo muchos conversos en el primer año del Oratorio, y serían muchos más.

Obras y fracasos

Newman viviría equidistante entre liberales y ultramontanos, antidogmáticos e hiperdogmaticistas, sufriendo los malentendidos que estas situaciones causan en hombres como él. Muchos conversos del anglicanismo, como Ward, entraron en el ultramontanismo, y el mismo Manning, luego Cardenal sucesor de Wiseman en la sede de Westminster, estaría inclinado hacia allí, con la consiguiente sospecha de liberal que recayó sobre Newman.

En 1850 pronunció en el oratorio de Londres una serie de conferencias que se publicaron bajo el título *Ciertas dificultades que sienten los anglicanos para someterse a la Iglesia católica* (o que perciben los anglicanos en la doctrina católica, como después se modificó). El argumento era que quería llevar al Movimiento de Oxford a su legítima consecuencia, y renovar su pensamiento antierastiano, fundado en la revalorización del principio eclesial de la sucesión apostólica. Con ironía dice en la quinta conferencia que aunque el Movimiento se había edificado sobre la sumisión a las autoridades de la Iglesia, casi todos los obispos *se sirvieron de buena gana del poder que les confería el movimiento contra el mismo movimiento. Usaron intrépidamente sus armas apostólicas contra la tendencia apostólica.*⁸⁰

En las últimas conferencias trató las dificultades que presentaba el lado católico. Las dedicó a su nuevo obispo en Birmingham, William Ullathorne, vicario del distrito central dejado por Wiseman, y

que sería su obispo hasta 1889, un año antes de su muerte. Ullathorne encarnaba el catolicismo fiel de los últimos tres siglos en el Yorkshire, gran pastor distanciado de todo extremismo, que hubo de empezar su vida religiosa como postulante benedictino, designado vicario general en Australia, autor de obras espirituales y promotor de la devoción al Rosario que había sido olvidada, iba a ser uno de los obispos más influyentes del catolicismo inglés del siglo XIX. De él dice Newman en 1864:

*Si yo quisiera mencionar a un inglés recto señalaría al obispo que para nuestra gran suerte ha presidido la diócesis durante tantos años.*⁸¹

En 1850 también llega el anuncio de la restauración de la Jerarquía católica en Inglaterra. Wiseman fue nombrado Arzobispo de Westminster por Pío IX y creado Cardenal. Se erigieron catorce diócesis con obispos residenciales. Acababa después de trescientos años el régimen misional a través de Vicarios apostólicos con rango episcopal. Newman impulsó que se dieran en varias ciudades conferencias "a cargo de laicos" (toda una novedad en el catolicismo de entonces), cosa que Wiseman aprobó. Newman mismo da un ciclo de conferencias en el Corn Exchange de Birmingham, no para *demostrar el origen divino del Catolicismo, sino remover algunos obstáculos morales e intelectuales que impiden a los protestantes reconocerlo; porque no cabe esperar que los protestantes hagan justicia a una religión a cuyos miembros odian y ridiculizan.*⁸² Después escribiría:

*En mis conferencias sobre el catolicismo en Inglaterra me opongo no a la Iglesia anglicana, sino al protestantismo nacional y a los anglicanos sólo en la medida en que pertenecen a éste.*⁸³

Hace un uso magistral de la ironía, el humor y la sátira, convirtiendo esta obra, según el mismo Newman, en la mejor escrita por él. Se publicó bajo el título *Conferencias sobre la situación actual de los católicos en Inglaterra*. Concluyen con palabras dirigidas al laicado, que no podemos omitir: *Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia; por consiguiente, no está en vuestro número. No está en vuestro número como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana... Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión... Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado*

*inteligente y bien instruido... Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra razón, que echéis una mirada profunda a la relación entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles con las bases y principios del catolicismo y dónde estriban las principales incoherencias y absurdos de la teoría protestante. No tengo ningún miedo de que os volváis peores católicos por familiarizaros con estos temas, siempre que cultivéis un vivo sentido de Dios y tengáis bien presente que vuestras almas han de ser juzgadas y salvadas. En todos los tiempos los laicos han dado la medida del espíritu católico: hace tres siglos salvaron a la Iglesia en Irlanda y traicionaron a la Iglesia en Inglaterra.*⁸⁴

Pensamientos como estos muestran desde cuándo Newman aparece como un verdadero precursor del rol que la Iglesia le asignaría más plenamente al laicado en el siglo XX, a partir de Pío XI y con el Concilio Vaticano II. En aquel momento una de las debilidades de la Iglesia era su clericalización. Veremos dos oportunidades más en las que Newman podrá decir una palabra autorizada al respecto.

En el mismo año 1850 tendrá el gozo de recibir el grado de doctor en Sagrada Teología conferido por Pío IX, que Wiseman ha urgido en su estada en Roma con motivo de la restauración de la Jerarquía, y hasta se habla de que quieren hacer obispo a Newman.

En 1852 ocurren cosas muy importantes para Newman. Es invitado al primer Sínodo de la provincia eclesiástica de Westminster como teólogo, donde pronuncia el famoso sermón *The second spring* (La segunda primavera), poética expresión del renacer de la Iglesia católica, que emocionó hasta las lágrimas al auditorio. En segundo lugar, inaugura la nueva sede del Oratorio en el barrio de Edgbaston, donde está hasta hoy. En tercer lugar, las *Conferencias sobre la situación actual de los católicos* las había publicado dedicadas a Paul Cullen, arzobispo de Armagh, primado de Irlanda, precisamente porque semanas antes le había ofrecido, en nombre de todos los obispos irlandeses, promover una Universidad católica en Dublín, como alternativa a los "Colegios de la Reina" que el primer ministro Peel había creado en Irlanda. Así mismo querían los estudios superiores para los católicos al estilo de la reciente fundación en Bélgica de la Universidad de Lovaina. Para Newman significaba una oportunidad de volcar su experiencia oxoniense y lograr el encuentro de clérigos con laicos a nivel académico. Con el permiso papal de

ausentarse del Oratorio de Birmingham de vez en cuando aceptó, y comenzó la ardua tarea con una serie de discursos sobre la educación universitaria pronunciados en Dublín en 1852. Fueron publicados primero como *Discursos sobre la naturaleza y objetivo de la educación universitaria*, y luego constituyeron la primera parte de *Idea de una universidad*. Se trataba de defender la presencia de la teología como ciencia en la Universidad, en relación a las demás ciencias, ya que una Universidad es el lugar donde se enseña e investiga el saber universal, del cual no puede quedar ausente la ciencia sobre Dios, la revelación, la vida religiosa del hombre.

Newman inauguró la universidad en noviembre de 1853. Llegó a tener facultades de teología, filosofía y letras, ciencias y medicina. Consideró necesario tener profesores laicos, excepto en materias como la teología; de sus 32 profesores, sólo cinco eran sacerdotes. Quiso una comisión de laicos para supervisar la economía, pero no se le permitió. Tuvo dificultades cuando nombró jóvenes irlandeses brillantes como profesores y distinguidos conversos ingleses en letras clásicas. Organizó grupos de alumnos para discutir temas de actualidad, mandó construir una sala de billar, consiguió un campo de cricket, y para la atención religiosa construyó la iglesia, y por supuesto las residencias de estudiantes. Pero el arzobispo Cullen desconfiaba de Newman, además de algunos obispos que se oponían a él por ser inglés. Cullen desbarató en Roma el nombramiento de obispo para Newman, anunciado públicamente, y del que nunca más se habló. Ese rango le hubiese facilitado la relación con la jerarquía irlandesa. Nunca pudo lograr que hubiera estudiantes ingleses y norteamericanos. Cullen no le respondía a muchos requerimientos y tomaba decisiones sin consultarle. Cuando finalmente vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical, y teniendo en cuenta la necesidad de su presencia permanente en el Oratorio, que era su primer deber, renunció en 1858. Los obispos le solicitaron que se quedara un año más como Rector no residente y aceptó. Finalmente, a pesar de los esfuerzos, la universidad no fue reconocida oficialmente, y como los obispos no querían que fuese autónoma, sobrevivió hasta 1882.

En 1857 publica el volumen de *Sermones predicados en ocasiones diversas*, la mayoría en la iglesia universitaria de Dublín. Había que poner

remedio a las *desastrosas deficiencias* que obstaculizaban la causa de la Iglesia, la primera de todas la baja calidad de la enseñanza católica en el mundo inglés. En 1859 funda la escuela del Oratorio, el tercer proyecto educativo después de la Tutoría del Oriel College de Oxford (1826-1832) y la Universidad de Irlanda (1851-1858). Tuvo gran éxito y su ejemplo y competencia elevó el nivel de las demás escuelas católicas inglesas.

Una historia contemporánea, y que no fue sino otro fracaso para Newman, se refiere a un pedido de Wiseman en nombre del episcopado inglés para que "tenga a bien emprender la tarea, contemplada y deseada por tan largo tiempo, de dar a los católicos ingleses —y probablemente a otros muchos católicos de lengua inglesa— una traducción de la Biblia, precisa, de correcto lenguaje y bien anotada".⁸⁵ Comenzó el trabajo enviando cartas a biblistas y teólogos y traductores, entre ellos al mismo St John que había estudiado hebreo. Pero todo empezó a complicarse con dilaciones y bloqueos del propio Wiseman, y finalmente se abandonó el plan, teniendo Newman que pagar de su bolsillo los gastos hasta el momento.

Otra historia paralela y con parecido final fue la dirección por parte de Newman del *Rambler*, revista católica desde 1846, que había comenzado a tener problemas con el episcopado por críticas varias, y especialmente en 1859 por un tema que hacía referencia precisamente a los laicos. El gobierno acababa de nombrar una comisión real para la educación elemental, en la que no había ningún representante católico. Los obispos decidieron no cooperar con la comisión. El episcopado para evitar mayores condenas pidió a Newman que mediara, quien finalmente aceptó la dirección. Decidió defender su visión del laicado en la Iglesia. Escribió el célebre artículo *Sobre la consulta a los fieles en materia doctrinal*.

El texto es una excelente contribución a lo que más tarde se llamará el *sensus fidelium*, es decir, que todo el pueblo cristiano posee una infalibilidad "pasiva" en materia de fe y costumbres, un instinto doctrinal que le permite reconocer instintivamente si una doctrina o un comportamiento moral son o no correctos. Newman sostiene que cuando la jerarquía *consulta* al pueblo cristiano en asuntos de carácter pragmático, busca una opinión propiamente dicha, que normalmente influirá de algún modo en las decisiones que al final se adopten. Cuando la *consulta* se refiere, a temas de fe católica, es evidente que la jerarquía pretende sólo

verificar la existencia de una doctrina, corroborar un hecho. *Consultar* no expresa aquí sumisión de la Jerarquía al sentido popular, sino únicamente confianza hacia ese sentir. Se busca determinar un hecho, su creencia, como un testimonio más de la tradición apostólica, que es base única para definir cualquier doctrina. Así se consulta también la liturgia y ritos de la Iglesia, porque son testigos de la antigüedad o universalidad de las doctrinas que contienen: *lex orandi lex credendi*. La Tradición apostólica vive en el Episcopado, en los doctores reconocidos, en el pueblo católico, en las liturgias, ritos y sacramentos, en las vidas de los santos, etc. Ninguno de estos canales puede ser olvidado, si bien hay que afirmar que el don de discernir, separar, definir, promulgar y hacer cumplir cualquier aspecto de la Tradición reside solamente en la *Ecclesia docens*.

Después de mostrar cómo la teología católica de siglos precedentes proporciona una base firme para sus afirmaciones (argumento histórico), observa Newman que la teología ha considerado este *consenso de los fieles* a) como un testimonio sobre el hecho de los dogmas católicos, b) como un instinto o "fronema" que habita en el seno del Cuerpo Místico de Cristo, c) como un impulso o enseñanza derivados del Espíritu Santo, d) como una respuesta divina a la oración de los cristianos, y e) como una resistencia instintiva al error. Recuerda finalmente, a modo de ejemplo, que *el dogma niceno se mantuvo principalmente, durante la mayor parte del siglo IV, no por la inmovible firmeza de los Concilios o de los obispos, sino por el "consensus fidelium" ...en aquel tiempo de inmensa confusión el dogma divino de la divinidad de nuestro Señor fue proclamado, fortificado, mantenido y (humanamente hablando) preservado, mucho más por la "Ecclesia docta" que por la "Ecclesia docens...el cuerpo del episcopado fue infiel a su cargo mientras el cuerpo del laicado fue fiel a su bautismo...lo cual no equivale a decir que el cuerpo episcopal en su conjunto fuera heterodoxo, que numeroso clero no se mantuviera junto a los laicos como soporte y guía, que los laicos no hubieran recibido inicialmente la fe por medio de obispos y sacerdotes y que algunos sectores del laicado no fueran ignorantes y llegaran a ser también corrompidos por lo arrianos que ocuparon las sedes episcopales y ordenaron clero herético.*⁸⁶

La importancia del ejemplo se ve por el hecho de que ocurrió en una edad tan temprana de la historia de la Iglesia y referido a la verdadera identidad de Cristo. Newman hace notar que el peligro

actual es, siendo la jerarquía tan fiel y ortodoxa, que el rol del laicado se halle olvidado.

La tesis central es que *aunque el laicado sea únicamente reflejo o eco del clero en asuntos de fe, hay, sin embargo, algo en la "conspiratio pastorum et fidelium" que no se encontraría en los pastores solos.*⁸⁷

A pesar de tantos matices el artículo no gustó, el malestar creció, hubo discusiones en el Sínodo de obispo de ese año, el artículo fue denunciado a la Santa Sede por el obispo Newport como herejía, y aunque Newman solicitó al cardenal Wiseman, que estaba en Roma, que le hiciera llegar qué cosas no eran correctas, cuando la Congregación de Propaganda Fide contestó, Wiseman y Manning (que era entonces su secretario) se olvidaron de la cuestión, y el silencio de Newman, que había creído terminado el asunto al no recibir la respuesta, fue interpretado en Roma como una desobediencia, y el malentendido no se aclaró hasta varios años después. Cuando St John fue a Roma en 1867 descubrió que allí se le reprochaba no haber contestado a la lista de correcciones hechas por la Congregación de Propaganda Fide, y la nube se dispersó. Pero habían pasado ocho años.

Es la década del 60 y la vida de Newman proseguía su curso callado en sus ocupaciones dentro del Oratorio, oración, estudio, predicación, enseñanza y cuidado pastoral. La escuela fundada allí vivió momentos críticos hacia 1861, que fueron superados pero, como siempre, la salud de Newman se quebrantaba, y esta vez estuvo a punto de sufrir una crisis de extenuación nerviosa.

En 1864 Newman, frente a la acusación de falsedad hecha por un artículo de Kinsley, decide escribir la que sería su obra más famosa, el esfuerzo asombroso de defender su integridad y veracidad relatando la historia de sus ideas religiosas que le llevaron a la conversión y en defensa del clero católico ofendido: la *Apologia pro vita sua*. La escribió de pie, como era costumbre por entonces, sobre una mesa alta que hoy se puede ver en la biblioteca del oratorio de Birmingham. El contenido de la obra lo hemos recorrido ya en las numerosas referencias al texto. Su último capítulo titulado *Mi estado de espíritu desde 1845*, donde defiende al sacerdocio católico acusado por Kinsley, y dedica la primera mitad del capítulo al tema de la infalibilidad de la Iglesia, y su relación con el pensamiento de los teólogos. Fue un éxito total.

Newman y la Eucaristía

La influencia de Froude fue determinante en Newman en sus años anglicanos, en lo que respecta a la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía. Esto quedó confirmado al leer los teólogos carolinos y los formularios anglicanos, de los cuales nos dice:

*Estos pasajes parecen determinar que el Cuerpo y la Sangre de Cristo no están ausentes sino presentes en la Cena del Señor, y que si realmente y de hecho el Cuerpo de Cristo está allí, su Alma está allí, y su Divinidad... No hay ninguna duda de su Presencia en nuestros altares en cuanto Dios, pues El está en todas partes, pero la cuestión es si Su naturaleza humana está presente también en el sacramento.*⁸⁸

Tenemos dos sermones anglicanos importantes sobre esta presencia real, que llama espiritual, no en el sentido de irreal, sino como opuesto a carnal, es decir que no puede ser visto ni oído. Vincula en uno de ellos la comunión, como lo haría San Ireneo, a la resurrección.

Hay quienes explican nuestro alimentarnos del Cuerpo y Sangre de Cristo como una mera señal o fianza de los efectos de la Pasión, esto es, como una especie de favor de parte de Dios. Pero...Cristo dice que El es para nosotros el maná verdadero, el verdadero Pan que ha bajado del cielo...el don de su precioso Cuerpo y Sangre, realmente dados, tomados y comidos...en cada momento y lugar en que la Sagrada Comunión es celebrada...

Le parece esto una maravilla, y desde este asombro dice:

La tendencia de la Iglesia ha sido no restar nada de su maravilla sino incrementarla. La Iglesia nunca ha estimado en poco tal don; lejos de ello, sabemos que una gran porción del cristianismo tiene una doctrina mayor que la nuestra. Esta fe, que sobrepasa la nuestra, muestra cuán gran es en realidad el don. Me refiero a la doctrina de la Transubstanciación, que nosotros no admitimos...que el pan y el vino dejan de serlo, y que el sagrado Cuerpo y Sangre de Cristo se ven, se tocan y se manejan directamente, bajo las apariencias de pan y de vino...

Es claro que esta doctrina católica no la admitió hasta su conversión. La consideraba como un exceso de racionalismo en el afán de explicar el cómo del misterio. Termina señalando la relación entre Encarnación y Comunión:

Nadie puede tomar conciencia plena del Misterio de la Encarnación si no experimenta profundamente la Sagrada Comunión. Recemos para que Cristo nos

*dé un deseo honesto de Cristo, sed de Su presencia, ansiedad por buscarlo, gozo de escuchar que El puede ser encontrado, aun ahora, bajo el velo de los signos sensibles.*⁸⁹

En la *Via Media*, reafirma esta doctrina del misterio más allá de toda comprensión:

*Nuestro Señor...está en la Sagrada Eucaristía de una forma espiritual. No sabemos cómo, ni encontramos parangón en nuestra experiencia para explicar este cómo. Únicamente podemos decir que está presente, aunque no según la forma natural de los cuerpos, sino de un modo sacramental.*⁹⁰

Pero insiste en el realismo de su presencia, como en estas palabras de otro sermón: *A veces nos parece entrever en figura al que un día veremos cara a cara... Hemos estado comiendo y bebiendo, y en verdad no era un sueño que alguien nos alimentaba de su costado herido y renovaba nuestra naturaleza mediante la carne celestial que nos daba...*⁹¹

Otra consideración nos trae al relacionar la Eucaristía con la misma vida cristiana, al decir en el otro sermón eucarístico:

*La verdadera razón por la que la gente no se acerca a la Sagrada Comunión es ésta: no quieren vivir una vida religiosa, no quieren prometer vivir una vida religiosa, y piensan que este Santo Sacramento los obliga a hacerlo, los obliga a vivir de manera mucho más estricta y reflexiva de cuanto lo hacen al presente... En la mayoría de los casos sienten una repugnancia a llevar, o al menos a comprometerse a llevar, el yugo de Cristo; una repugnancia a renunciar al servicio del pecado de una vez por todas; un amor indulgente de su propia comodidad, de su propia voluntad, de su indolencia, de sus hábitos carnales, de la buena opinión de hombres a quienes ellos respetan; una desconfianza de su propia sinceridad actual. Por ello los hombres no se acercan a Cristo para encontrar en El la vida; saben que El no se les entregará, si ellos no consienten en entregarse a El.*⁹²

Ya católico nos dice:

*La Misa...no es una simple fórmula verbal; es una gran acción, la más grande acción que puede existir en la tierra. No es sólo invocación, sino, si me es lícito expresarlo así, la evocación del Eterno. El se hace presente en el altar en carne y sangre, el mismo al que los ángeles reverencian y ante quien los demonios tiemblan. Es el tremendo evento que señala el fin y ofrece la interpretación de cada parte de la solemnidad. Las palabras son necesarias, pero sólo como medios, no como fin; no son simples advocaciones al trono de la gracia, sino instrumentos de algo más elevado: la consagración y el sacrificio.*⁹³

Pero después de su conversión descubre la presencia real no solo durante la Misa sino reservada en el Tabernáculo. Después de su primera comunión católica en Littlemore, de manos del Padre Barberi, y ya instalado en Oscott, dispone para los suyos la Misa a la mañana y la Visita al Santísimo por la tarde. Le cuenta a Wilberforce en una carta:

*Le escribo al lado de la capilla. Es una bendición tan incomparable tener la presencia corporal de Cristo en la propia casa, entre sus paredes, que esto absorbe todos los demás privilegios y además destruye, o debiera destruir, toda pena. Saber que El está cerca, poder ir una vez y otra vez durante el día...y sepa, querido Wilberforce, que no lo olvido a Ud. cuando estoy así en Su presencia. Allí donde está el Santísimo Sacramento, es el lugar de la intercesión...*⁹⁴

Newman descubre, como dice Honoré, "el puesto que ocupa el culto eucarístico en el sentimiento religioso de los católicos. Puede que las manifestaciones de la piedad parezcan excesivas, expansivas y multiformes, pero ellas encuentran su centro de fervor y de unidad en la fe eucarística... siempre están ligadas al sacrificio de la Misa y a la Presencia Real... Y lo que es nuevo y significativo no es tanto el hecho de descubrir el dogma de la Eucaristía, cuanto el haber encontrado en ella el fundamento de la plegaria universal y de la unión de todos los fieles".⁹⁵

En sus *Conferencias sobre la situación actual de los católicos en Inglaterra*, de 1851, expresa lo siguiente:

*La Bendición con el Santísimo Sacramento es uno de los ritos más sencillos de la Iglesia... Es la solemne bendición de Dios a Su pueblo, como cuando extendió las manos sobre los niños, o cuando bendijo a Sus elegidos al ascender desde el Monte de los Olivos. Como los hijos pueden acercarse a su padre antes de ir a la cama por la noche, así...la gran familia Católica viene ante el eterno Padre, tras el barullo y las preocupaciones del día, y El le sonríe, y derrama sobre ella la luz de Su semblante: es el cumplimiento de aquello que el Sacerdote invocó sobre los israelitas: "Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor te muestre Su faz y tenga misericordia de ti; que el Señor vuelva Su Rostro a ti y te dé Su paz (Num 6, 24-26)".*⁹⁶

En una carta de 1857, relacionando la Eucaristía al Sacerdocio, dice:

Hostias arrojadas por la ventana...vino consagrado que sobraba y que volvían a meter en la botella... De ahí inferí que muy probablemente el sacerdocio anglicano no fuese válido: el hecho de que se desprecie de tal forma la materia del Sacramento es una prueba

*de que no se posee verdaderamente el poder de consagrar... Desde que Alexander Knox sostuvo la Presencia real en el Sacramento, en Oxford empezamos a defender la doctrina del Sacerdocio. Nos parecía imposible que Dios dejara un Don tan precioso ahí suelto, sobre la faz de la tierra; si había un Cristo Presente, tenía que haber un Guardián de su Presencia; si hay Sacrificio, hay Sacerdote. Por tanto la Sucesión Apostólica estaba contenida implícitamente en la Presencia de Cristo en la Eucaristía.*⁹⁷

En el Oratorio de Birmingham, Newman oraba ante el Santísimo de rodillas, con la cabeza apoyada sobre las manos, en un intenso recogimiento. A veces pasaba horas frente al tabernáculo en un coloquio ferviente. En su cartas habla del recurso a la oración frente al Sagrario en momentos de gran inquietud y problemas. En cuanto a la celebración de la Misa, realizaba todas las ceremonias del altar con la mayor atención a las rúbricas pues, para él, esto era la expresión del respeto que todo sacerdote ha de tener para con los ritos del sacrificio.

*Los usos y ordenanzas de la Iglesia no existen por sí mismos; no tienen valor en sí mismos; no son suficientes por sí mismos;...sino que dependen de una substancia interior; protegen el misterio; defienden el dogma; representan una idea; predicán la buena noticia; son canales de gracia.*⁹⁸

En sus *Meditaciones y Devociones*, escritas como católico para uso del Oratorio, y publicadas después de su muerte, la n^oXV está dedicada al Santo Sacrificio, y consta de tres partes: La Misa, la Santa Comunión, y el Alimento del Alma. Allí dice, por ejemplo:

Que me acerque, pues, Salvador mío, a participar de tu Cuerpo y Sangre tan a menudo y tan bien dispuesto, que tu santidad inefable me santifique cada vez más.

Newman tenía en Birmingham, ya Cardenal, el privilegio, sobre todo por su ancianidad, de un altar privado en la misma habitación donde estaba su escritorio. Allí aún hoy se puede celebrar la Misa, y experimentar que la Eucaristía impregnaba todo lo demás de su vida y pensamiento, como predicador, escritor, y superior de aquella congregación de clérigos oratorianos. Junto a ese altar tenía los cuadros de sus seres queridos y las listas de nombres por los que rezaba la Misa diaria. En un poema sobre San Felipe Neri, Newman puso este verso: *Estudiaba junto a la luz que da la lámpara del altar.*

El reconocimiento final

Newman fue invitado dos veces a participar en el Concilio Vaticano I de 1870, la segunda por deseo del Papa a través de su obispo Ullathorne. No aceptó, contestando:

Lo declino en primer lugar por mi estado de salud, que exige en el presente una cuidadosa y continua vigilancia que sólo puedo tener permaneciendo en casa, y en segundo lugar, porque mi presencia en Roma no va a aportar ninguna contribución a este importante acontecimiento, para el cual no me veo cualificado ni por mis talentos ni por mis logros.⁹⁹

En la *Carta al Duque de Norfolk* Newman contesta a Gladstone, quien había interpretado mal la Constitución *Pastor aeternus*, confundido en parte por extremos ultramontanos como el cardenal Manning. Newman hace ver que aunque los decretos llaman rectamente "universal" a la jurisdicción papal, en el sentido de que rige sobre cada persona en la comunión católica, esto no significa enseñar que el objeto de la jurisdicción papal no esté circunscripto, como si se extendiera a todas las asuntos que conciernen a las personas o al orden público. Los términos *disciplina* y *régimen* usados en el documento son términos técnicos eclesiásticos. No hay conflicto entre el ciudadano inglés y el católico inglés, no hay interferencia con las conciencias. Es más, el oficio petrino está al servicio de ellas, para formarlas y salvaguardarlas. Asimismo, la conciencia tiene derechos porque tiene deberes. Newman desarrolla en el corazón de esta obra el tratamiento de la conciencia en relación a la autoridad eclesiástica.

Newman se encontraba en su 'nido' de Birmingham, mientras un grupo de laicos liderados por el duque de Norfolk, se dirigieron al Papa recién elevado al Pontificado, León XIII, para solicitarle que nombrara Cardenal a Newman. Parece que León XIII ya había pensado en ello, y probablemente se sabría su estima por Newman, y la ocasión del pedido tan ilustre vino a decidir favorablemente el nombramiento, no sin las intrigas en contra y a última hora del ya Cardenal Manning. Pero prevaleció la verdad y significó una defensa providencial de todo lo que Newman representaba. Fue hecho Cardenal el 12 de mayo de 1879. Tuvo a su cargo la alocución memorable, su último gran testimonio, del cual recordamos este pasaje, síntesis de toda una vida sacerdotal:

Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error. Por treinta, cuarenta, cincuenta años,

he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando, oh, tal error se desparrama como una trampa, por toda la tierra! Y en esta gran ocasión en que es natural para alguien que está en mi lugar echar una mirada sobre el mundo y sobre la Santa Iglesia en él, y sobre el futuro, no será considerado fuera de lugar, espero, si renuevo la protesta que he hecho tantas veces. El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como 'verdadera'. Enseña que todas deben ser toleradas y que son todas materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden asistir igualmente a las iglesias protestantes o católicas y pueden sacar provecho de cualquiera de ellas o de ninguna. Pueden fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. De ahí que siendo la religión una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada, debemos necesariamente ignorarla en las relaciones de los hombres entre sí. Si un hombre se pone una nueva religión cada mañana, ¿qué te importa a ti? Es tan impertinente pensar acerca de la religión de un hombre como acerca de los medios de su familia. En ningún sentido, la religión es una obligación para la sociedad... Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aún en países separados de la Iglesia, como el mío, el dicho en vigor era, cuando yo era joven: 'El cristianismo es la ley del país'. Ahora, en todas partes, esa excelente estructura de la sociedad, que es la creación del cristianismo, está echando afuera al cristianismo. El dicho al que me refiero, como cientos de otros que le siguen, se ha ido, o se está yendo de todas partes, y, para fin del siglo, a menos que el Todopoderoso interfiera, habrá sido olvidado. Hasta ahora, se ha considerado que la religión sola, con sus sanciones sobrenaturales, era suficientemente fuerte para asegurar la sumisión de la masas de nuestra población a la ley y al orden; ahora los filósofos y los políticos se pliegan a satisfacer este problema sin la ayuda del cristianismo. En lugar de la autoridad y la enseñanza de la Iglesia, ellos colocan primero de todo una educación universal y completamente secular, calculada para convencer

a cada individuo que ser ordenado, industrioso y sobrio son su personal interés. Luego, para los grandes principios del trabajo que toman el lugar de la religión, para el uso de las masas educadas cuidadosamente de este modo, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad y similares, de probada experiencia, y esas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en las sociedades y en cosas sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, comercio, finanzas, experimentación sanitaria, y las relaciones internacionales. En lo que concierne a la religión es un lujo privado, que un hombre puede tener si lo desea; pero por el cual, claro está, debe pagar, y con el cual no debe entrometerse ni molestar a otros... El carácter general de esta 'gran apostasía' es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países... Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito...¹⁰⁰

Newman envejecía. En 1882 escribe:

*Hablo con dificultad; apenas puedo andar y nunca lo hago sin peligro de tropezarme. Me cuesta un gran esfuerzo subir y bajar escaleras. Leo con incomodidad. Sólo consigo escribir con mucha lentitud; estoy prácticamente sordo.*¹⁰¹

En su escritorio había ahora esa pequeña capilla, de la que hablamos, con un cuadro de San Francisco de Sales, donde celebraba su Misa privada diaria.

Quedan testimonios de quienes lo veían en estos últimos años. Dice el oratoriano Bacchus: *Llevó a la*

*perfección el arte de ser normal y corriente. Participaba en el refectorio y la recreación comunitaria, se dedicaba a sus deberes ordinarios, conversaba sin amaneramientos de ninguna clase. No tenía manías ni rarezas...tenía paciencia para aguantar aquel tipo de molestias que ponen a prueba a las personas ancianas, como los ruidos, tener que esperar o la precipitación por parte de los jóvenes.*¹⁰² Dice el deán Church, de la catedral de San Pablo de Londres, con quien pasaba a veces unos días: *Tuvimos tres días al cardenal con nosotros. Fue tan perspicaz, amable y afectuoso como siempre... Se hizo cargo plenamente de todo lo que sucedía alrededor de él, aunque fue cauteloso y reservado como era su deber. Pero la antigua sonrisa, el centelleo de la mirada y la ironía ingeniosa y significativa, todo sigue en él.*¹⁰³ En otro escrito decía Church: *La naturalidad de Newman tiene que ver indudablemente con el buen gusto y los buenos modales, pero tiene que ver otro tanto con la rectitud moral; con el hábito arraigado de la sinceridad consigo mismo, con la obstinada preferencia de la realidad por encima de la exhibición por tentadora que ésta sea, con la saludable capacidad de pensar poco en sí mismo.*¹⁰⁴

En la Navidad de 1889 celebró la Misa por última vez. Sin embargo albergaba esperanzas de poder celebrar nuevamente, para lo cual aprendió de memoria las Misas de la Santísima Virgen y de los Difuntos. Todos los días repetía una u otra.

El 10 de agosto de 1890 recibió con toda luz los últimos sacramentos y entregó su alma al Señor al día siguiente. ☞

1 Apo., 3-4.

2 Apo., 4.

3 Apo., 5.

4 Apo., 18.

5 Apo., 7.

6 A.W., 180.

7 A.W., 200-201.

8 A.W., 194.

9 A.W., 198.

10 Manuscrito, Archivos del Oratorio de Birmingham, C.5.12.

11 ídem.

12 Addresses to Cardinal Newman with his Replies etc., de W.Neville del Oratorio, 1905.

13 A.W., 209.

14 Placid Murray, Newman the Oratorian, Fowler Wright Books, Leominster, Herefordshire, 1980.

15 Apo., 24-25.

16 Apo., 53-54.

17 Apo., 16.

18 Op.cit., 46.

19 Cfr. W.Church, The Oxford Movement, de G.Best, 1970, 92-93.

20 Oratory Archives, early Sermons B.3.6.

21 L.D., V, 38-39.

22 Lectures and Essays on University Subjects, University Preaching p.187-220; Idea p.405-27

23 L.D., XXIV, 44-5 ; 1868

24 Cfr. W.Church, op.cit, 21-22.

25 PPS, II, 398-399.

26 P.Murray; "El legado de Newman en la predicación litúrgica anglicana", en Newmaniana n° 21, p 35.

27 PPS II, 25.

28 PPS IV, 4, pp 60-61.

29 PPS IV, 20, pp 303-305.

30 PPS VI, 27, p 242.

31 Jfc., 323-328.

32 Jfc, 196-198.

33 Moz., I, 172.

34 Moz., I, 174.

35 Moz., I, 180.

36 Moz., II, 102.

37 Moz., II, 189-190.

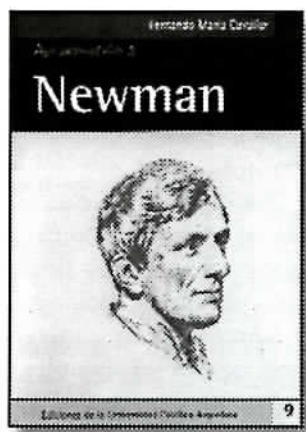
38 O.U.S., 91-95.

39 Apo., 39.

40 L.D., IV, 33.

- 41 Apo., 42.
 42 Apo., 76.
 43 Apo., 72.
 44 Cfr. Introd. en La fe y la razón, (Sermones universitarios), trad. A. Boix, Encuentro, Madrid, 1993, 28-29.
 45 Apo., 30-31.
 46 Tracts for the Times, I, 2, Rivingson, Londres, 1840.
 47 Apo., 75.
 48 Apo., 25.
 49 Diff., XII, 370-374.
 50 Apo., 114.
 51 Apo., 117.
 52 Moz., II, 271.
 53 Id. nota 108.
 54 Moz., II, 270-271.
 55 Moz., II, 272.
 56 Moz., II, 282.
 57 Cfr. J. Morales, op.cit., 107.
 58 Apo., 139-147.
 59 Apo., 176-177.
 60 Cfr. Bernard Basset SJ, Newman at Littlemore, edit. Por Friends of Newman, Littlemore, 38.
 Cfr. F.M. Cavaller, 1841-1845. Los años decisivos en Littlemore, Newmaniana n°5/6, Buenos Aires, 1996.
 61 Id., 38-39.
 62 S.D., XXVI, 395-409.
 63 Apo., 214-215.
 64 Cfr. B. Basset, op.cit., 47.
 65 L.D., XI, 130.
 66 Cfr. P. Murray, op.cit., 221.
 67 L.D., III, 107.
 68 Cfr. J. Morales, op.cit., 152.
 69 Dublin Review, mayo 1839, 429.
 70 L.D., XI, 263.
 71 Oratory Papers, n°5 (1848), en Newman the Oratorian.
 72 O. Papers n° 3, id.
- 73 Apo., p.58
 74 A.W., p.90
 75 O. Papers n° 5.
 76 O. Papers n° 6.
 77 O. Papers n° 18.
 78 Mix., I, 1-21.
 79 L.D., XIII, 16.
 80 Diff., I, 152.
 81 Apo., 271.
 82 Present Position, Prefacio ix.
 83 Ward, II, 57.
 84 Pr. Pos., 388-391.
 85 Cfr. L.D., XVIII, 122.
 86 On Consulting the Faithful, de. J. Coulson, Londres, 1961, 54-55.
 87 Id., 104.
 88 Via Media, II, p 220-221
 89 PPS VI, 11, pp 141-151.
 90 Via Media, II, p 228.
 91 PPS V, 2, pp 10-11.
 92 PPS VII, 11, pp 150-151.
 93 Loss and Gain, 327-328.
 94 W. Ward, I, pp 117-118.
 95 J. Honoré, "Itineraire Spirituel de Newman", p 171-172.
 96 Present Position, p.255.
 97 Cartas y Diarios, Rialp, p. 93-95.
 98 Diff., I, 216.
 99 L.D., XXIV, 163.
 100 Ward, 460-462.
 101 L.D., XXX, 134.
 102 Cfr. Francis Bacchus, The Eighteen-Eighties, Cambridge, 1930, 71-72.
 103 Cfr. Mary Church, The Life and Letters of Dean Church, Londres 1894, 321.
 104 Cfr. R.W. Church, Occasional Papers, II, 479-480.

Una obra ideal para una auténtica "aproximación" a la vida y el pensamiento del gran cardenal inglés



INDICE DE LA OBRA

1. El hogar familiar.
2. El hogar inglés.
3. La Iglesia anglicana: el hogar espiritual.
4. Éaling: el hogar de la primera conversión.
5. Oxford: el hogar de la fe y la razón.
6. Littlemore: el hogar del paso a Roma.
7. La Iglesia Católica: el hogar para siempre.
 - Old Oscott: el hogar de su infancia católica.
 - Roma: el hogar de su juventud católica.
 - El oratorio de Birmingham: el hogar de su madurez católica.
8. El hogar eterno.

EDICIONES DE LA
 UNIVERSIDAD
 CATOLICA
 ARGENTINA



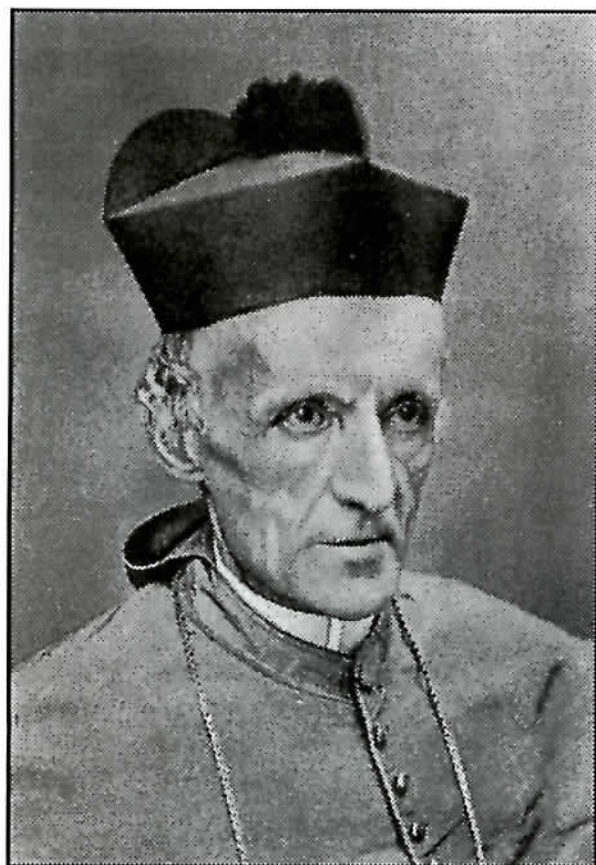
Newman y la crisis modernista

Mario Enrique Sacchi

Durante un tiempo bastante prolongado la doctrina teológica de Newman fue objeto de ciertas interpretaciones que ponían en tela de juicio su ortodoxia. Las objeciones de sus contrincantes se sustentaban en una serie de datos ajenos a sus posiciones personales explícitas, mas no dejaron de ejercer un influjo sensible en quienes recelaban de la integridad de las tesis de un autor que había adquirido su formación intelectual en aulas inglesas dominadas por el protestantismo, o sea, en un medio particularmente agresivo contra la dogmática y la moral de la Iglesia católica. Concretamente, las sospechas recaían sobre los escritos de un converso en los cuales algunos vislumbraban la persistencia de un cordón umbilical que le habría mantenido aferrado a diversos criterios teológicos divulgados por la Reforma.

No es improbable que esta interpretación haya estado incentivada por dos hechos de difícil justificación: por un lado, a pesar de la firmeza de su adhesión a la Iglesia de Roma, después de su conversión Newman nunca dejó de cultivar relaciones cordiales con pensadores protestantes de relevancia; por otro, las controversias que sostuvo con autores y dignatarios católicos le han restado simpatías e incluso le granjearon no pocos enconos y enemistades. Sin embargo, dos factores adicionales contribuyeron por entonces a incentivar la desconfianza en torno de la ortodoxia de Newman: sus vínculos con hombres que más tarde participaron activamente en el movimiento modernis-

ta y el generalizado elogio que estos mismos hombres deparaban a sus obras teológicas. Es propicio tener presente que el catolicismo inglés restaurado en la era victoriana tuvo dos jefes indiscutidos: el mismo Newman y el cardenal Henry Edward Manning, arzobispo de Westminster, pero a nadie se le oculta que entre ellos siempre existió un *casus belli* fundado tanto en razones doctrinales cuanto temperamentales.¹ Los católicos británicos se alinearon diversamente detrás de ambos. Newman representaba la figura afable y elegante de un caballero y *scholar* oxoniense, invariablemente presto al diálogo afectuoso con amigos y enemigos, mas, al mismo tiempo, exponente distinguido de la *academia* cuya finura deleitaba al exigente paladar literario de sus compatriotas. En el polo opuesto, Manning no pertenecía a los círculos ilustrados de su tierra, sino más bien a la vieja estirpe de los sacerdotes-soldados medievales que imprimían a sus actos una energía de corte castrense despojada de toda pretensión de elegancia. Mientras Newman vivía pendiente de las especulaciones y controversias teológicas y religiosas agitadas en los claustros universitarios, Manning, en cambio, se entregó a la denuncia enardecida contra la explotación denigrante de los pobres y a la contienda frontal con cualquiera que osara transgredir las cláusulas de la ley natural y de las costumbres cristianas. Las divergencias de estos hombres bifurcó dos estilos bien diferenciados de militancia eclesial en una Inglaterra anglicana que veía con asombro el rápido y veloz renacimiento del catolicismo en un país



Cardenal Manning

donde había sufrido una larga e implacable persecución. A los ojos de quienes eran propensos a la intriga, los conflictos entre el aguerrido Manning y el apacible Newman, por un lado, y, por otro, el trato ameno de éste con algunos de los futuros adalides del modernismo, daban pábulo para tender un manto de sombras sobre su fidelidad a la dogmática católica. Como sucede con frecuencia, los intrigantes no esgrimían las páginas donde Newman declaraba taxativamente su pensamiento, sino que recurrían a la murmuración maliciosa de los conventilleros: "El Dr. Newman toma té con el barón Friedrich von Hügel". Pero hoy sabemos que los muchos tes que bebieron juntos no bastaron para acortar las distancias insalvables entre la teología newmaniana y el modernismo *dilettante* de von Hügel, cuyo "[...] mundo mental poco tiene en común con aquél de Newman", como bien dice Marvin R. O'Connell.² Menos aún se puede suponer que la breve docencia impartida por Newman a George Tyrrell haya incluido el

más mínimo apañamiento de las futuras divagaciones del teólogo irlandés. No faltaron quienes explotaron indecentemente la amistad de Newman con Wilfrid Ward para acusarle de haber instigado los pareceres teológicos de éste, pues, a fin de cuentas, los miembros más destacados de la familia Ward se habían alineado con Newman en el Movimiento de Oxford desde su primera hora. No obstante, Newman también debió penar los elogios que Alfred Loisy, firmando con el pseudónimo A. Firmin, extendió a su libro sobre el desarrollo del dogma católico. Los intrigantes batieron palmas: que Loisy, *chef d'école* del modernismo, admirara a Newman, era una comidilla fácilmente usufructuable para averiar la imagen del cardenal ante la feligresía inglesa y aun ante la Santa Sede. Más todavía, cuando Henri Brémont intentó asumir en Francia el papel de representante continental de la teología newmaniana, los contendientes del purpurado estimaron que ésta ya estaba a un tris de colapsar ante la mirada de la Iglesia.

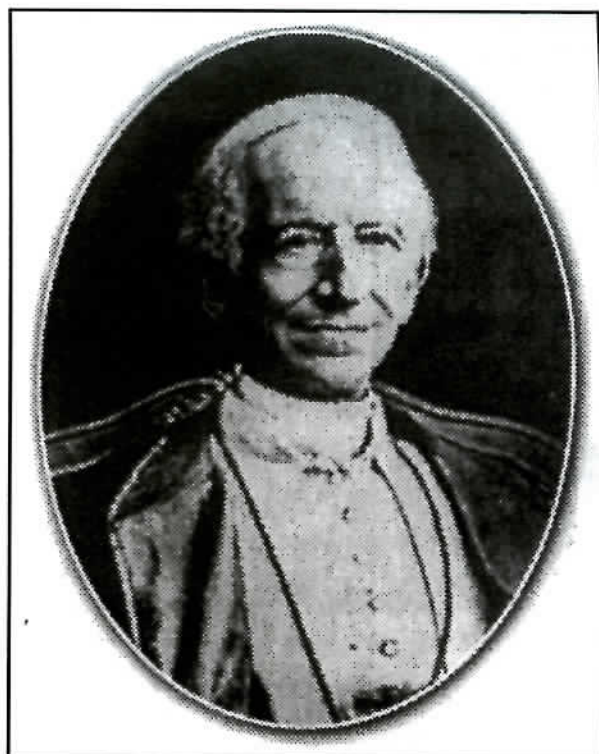
El modernismo se hallaba en plena ebullición cuando Newman entregó su alma a Dios en 1890, pero en vida nunca pudo quitarse de encima la fama de *liberal* que venía arrastrando desde su conversión. Esta fama le acosó incesantemente, al punto que la decisión del Papa León XIII de conferirle la púrpura cardenalicia fue motivo de amplios reparos en la curia romana. No obstante, el afecto del pontífice hacia Newman actuó como un bálsamo ante las prevenciones que originaba su doctrina. Cuando en 1879 fue elevado al cardenalato junto con Giuseppe Pecci —hermano del Papa—, Tommaso Maria Zigliara y el batallador Louis-Édouard Desiré Pie, entre otros, la inquina comenzó a atenuarse, si bien no desapareció del todo. Para contrarrestar esta animadversión, León XIII solía desairar diplomáticamente a los críticos de Newman llamándole "il mio cardinale".³ Con todo, las suspicacias de sus oponentes no eran escasas ni pasaban inadvertidas en los ambientes teológicos. La táctica que emplearon en todo momento para obtener una reprobación de su pensamiento estribaba en mostrar la continuidad esencial de las tesis de la etapa anglicana de Newman y la recepción entusiasta de su concepción de la evolución dogmática entre los autores modernistas. La raíz de la ojeriza de la cual Newman fue víctima se retrotraía a los días en que desempeñó exitosamente el oficio de *scholar* en la Universidad de Oxford. Por encima de cualquier otra cosa, su prestigio académico se apoyaba en su condición de eximio

historiador del cristianismo y, de un modo preponderante, de patrólogo. En sus días el cultivo de la patrología se encontraba casi exclusivamente en manos de investigadores protestantes, quienes llevaban a cabo sus tareas de acuerdo a los métodos de aquello que otrora se denominaba *teología positiva*, a saber: el examen filológico e historiográfico de la literatura de los padres de la Iglesia y de los escritores eclesiásticos de la antigüedad. Este método estaba emparentado estrechamente con el examen positivo de los textos escriturísticos. Mas el estudio positivo de la Biblia y de las *auctoritates* no consistía en un trabajo formalmente teológico, pues no buscaba desentrañar las fuentes de la ciencia sagrada con arreglo a un procedimiento exegético ni con el propósito de extraer deductivamente las conclusiones teológicas a partir de sus principios. Dichos métodos cobraron auge por el peso poderoso del positivismo que reinaba en el siglo XIX, ya que, más que nada, se procuraba dejar constancia de los datos positivos en función de la información historiográfica disponible. De ahí que, en gran medida, la teología positiva de aquella época, sobre todo las encuestas bíblicas y la patrología, discurría librada a los juicios particulares de los eruditos y con un marcado rechazo, o al menos con un desinterés generalizado, de las precisiones de la tradición católica, de los papas, de los concilios y de los doctores de mayor autoridad doctrinal. En el fondo, se reverenciaba al pie de la letra el canon del *libre examen* defendido a ultranza por Lutero y por el grueso de la teología protestante. El catolicismo tenía sobradas razones para temer que se siguieran consecuencias calamitosas de la simbiosis del libre examen protestante, del positivismo que inundaba los claustros universitarios europeos y del desapego a la tradición y al magisterio de la Iglesia. Fresca estaba en la memoria el fiasco que resultó del primer experimento orgánico de esta índole en el campo católico concretado en las audacias pseudoteológicas de Ernest Renan. Se comprende, entonces, que los trabajos de los expertos en teología positiva, con los biblistas y los patrólogos en primera fila, fuesen vigilados con un resquemor inocultable. Pero Newman nada tenía que ver con esta oscura trama, la cual, por otra parte, estaba teñida de la pasionalidad y del arrebato típicos de la atmósfera romántica que se respiraba en el siglo XIX. Aunque su labor se ajustaba a los procedimientos filológicos e historiográficos inherentes a su tarea de

patrólogo, ya antes de su conversión se había persuadido de la necesidad de buscar una inteligencia del mensaje evangélico y del legado de los santos padres a la luz de la tradición de la Iglesia. Tal vez esta convicción haya amanecido en su espíritu durante el tiempo en que trabó una cálida amistad con Richard Hurrell Froude, quien profesaba una ferviente admiración por la Iglesia de Roma.⁴

El nudo gordiano del problema residía en la suposición de que el *liberal* Newman conservaba un apego demasiado ostensible a la interpretación protestante del desarrollo de los dogmas cristianos y que, en adición a ello, en opinión de muchos se presentaba no menos condescendiente con la teología reformada que había vaciado la religión en una simple exteriorización sentimental de la relación puramente afectiva del hombre con Dios. En Alemania se había difundido esta visión del cristianismo merced a las enseñanzas impartidas por Schleiermacher, que bien se pueden considerar la carta magna del protestantismo liberal luego expandido con notable suceso en Europa y América, mas con este agravante: que las teorías de la evolución dogmática y del sentimentalismo religioso propaladas por el protestantismo liberal constituyeron la quintaesencia del modernismo instalado en los ámbitos católicos a fines del siglo XIX. Sin embargo, una lectura serena y desprejuiciada de las obras de Newman echa por tierra la hermenéutica que le atribuyó una presunta adscripción al protestantismo liberal y su persistencia en esta línea después de su conversión al catolicismo. Él mismo se encargó de señalar que en los orígenes del Movimiento de Oxford latía el propósito de combatir con bríos el liberalismo, que reducía la religión a un mero sentimiento, y aun la tendencia protestante que había tergiversado la concepción cristiana de la evolución dogmática: “[...] mi batalla —confesaba Newman— fue contra el liberalismo”.⁵ A nuestro entender, la fisonomía de liberal que algunos publicistas católicos endilgaron a Newman no ha sido ajena a una tara psíquica: el recurso a la palabra *evolución* —o *development*, como él prefería decir— erizaba la piel de muchos autores católicos que pugnaban contra su significación ontológica en el pensamiento de Hegel y contra aquélla que había adoptado en el materialismo infiltrado en la biología de la época, sobre todo entre los discípulos de Darwin y de Spencer. Ciertamente, en vastos sectores del catolicismo la sola mención del vocablo *evolución* sonaba harto

irritativa. Pero esta ojeriza contra la evolución *in genere* por parte de quienes sospecharon de la ortodoxia de Newman puso al descubierto la pobreza extrema de tamaño expediente para descalificar sus puntos de vista. Es verdad que su doctrina acerca de la evolución dogmática ha conocido un notable progreso desde su juventud hasta la etapa posterior a su conversión; tanto, que su adhesión a la Iglesia de Roma, precisamente, tuvo lugar en los mismos días en que se encontraba abocado a la composición de su tratado magistral sobre el desarrollo de la doctrina cristiana.⁶ También es verdad que algunos no le perdonaron su intervención en la querrela en torno de la evolución de los entes naturales, toda vez que, sin coincidir con muchas propuestas de Darwin, Newman juzgó que la evolución no es incompatible con la creación divina del universo, con lo cual anticipó en casi un siglo la posición de la Iglesia en esta materia, según fue establecida después por Pío XII y reiterada en años recientes por Juan Pablo II.⁷ Por todo esto hoy cabe afirmar con certeza que la pintura del Newman *liberal* impulsada por sus detractores no cuenta con ningún correlato en sus escritos. La irrupción del modernismo hizo cundir la alarma en la Iglesia, en tanto la sospecha de un costado heterodoxo en la obra de Newman reavivó la controversia sobre los alcances de su doctrina. Los modernistas intentaron sacar provecho de esta circunstancia pretendiendo ampararse en la nombradía del prelado inglés y en la grata acogida con que sus escritos eran recibidos por doquier, pero esta capciosa estrategia tuvo una duración efímera, ya que las condenas eclesiásticas del modernismo, el pronunciamiento del Papa San Pío X sobre las teorías newmanianas y las sentencias de algunos de los teólogos prominentes de principios del siglo XX zanjó rápidamente la cuestión. Acaudillado no por teólogos de elevada estatura científica, sino por historiógrafos, biblistas y patrólogos de magra formación en la *sacra doctrina*, el modernismo sugirió que la formulación sucesiva de la doctrina católica se habría cumplido a través de interrupciones y disyunciones que no preservarían ni la unidad de los dogmas ni la coherencia intrínseca del magisterio pontificio y conciliar a lo largo de la historia. Si gusta, esto mismo se puede enunciar expresando que la formulación de los dogmas no excluiría ni quiebras ni conflictos de la tradición católica. Elípticamente, la actitud modernista implicaba, pues, una justificación de los cismas habidos en la Iglesia porque abriría las puertas para situar en un mismo pie de



El papa León XIII

igualdad la heterogeneidad de los dogmas católicos con las herejías invocadas por los cismáticos para apartarse de la comunión con Roma. Implicaba asimismo que la heterogeneidad de los dogmas disolviera a la fe en la afirmación y en el asentimiento a un objeto desnaturalizado por una dispersión anárquica y por antítesis caóticas. Las diestras habilidades historiográficas de los modernistas les permitían exponer sus opiniones enfundándolas en refinados aparatos de erudición que sedujeron a numerosos incautos, pero la fragilidad de sus principios teológicos fue desnudada con vigor y penetración en los dos grandes documentos eclesiásticos que salieron al cruce de esta corriente, esto es, el decreto *Lamentabili sane exitu* del Santo Oficio, fechado el 3 de julio de 1907,⁸ y la encíclica *Pascendi dominici gregis* del 8 de septiembre de 1907.⁹

Las condenas del modernismo en absoluto hicieron mella en la obra de Newman. Al contrario, su pensamiento salió airoso de este *affaire* precisamente porque la Iglesia censuró con severidad en las teorías modernistas los mismos errores que Newman había achacado al positivismo protestante de un modo cada vez más acentuado y vehemente. Francisco Marín-Sola, autor de un libro capital

sobre el problema del desarrollo de los dogmas, aseveró justicieramente que “[...] han cometido una grande injusticia contra Newman no solamente los modernistas al pretender ver en él un precursor de sus doctrinas, sino también ciertos teólogos católicos que han creído que las ideas de Newman sobre la evolución del dogma no estaban en perfecto acuerdo con la doctrina católica solamente porque su fraseología peculiar en esta materia difiere bastante de la usada comúnmente por los teólogos escolásticos”.¹⁰

En un asunto de tanta gravedad, por cuanto aquí se hallan en juego el dogma de la Iglesia y la personalidad de uno de los espíritus católicos más augustos de la Edad Moderna, lo mejor es oír y observar el juicio lapidario de San Pío X: “Verdaderamente, en medio de tanta riqueza de sus elucubraciones [= de Newman], si se puede encontrar algo que parezca extraño a la doctrina común de los teólogos, nada puede mover a sospechar acerca de su fe”.¹¹

Newman fue un historiador eminente del cristianismo y un apologista de la fe que no se dedicó a elaborar una teología sistemática a la manera usual entre los escolásticos. Se valió de un lenguaje teológico acuñado en el clima de la férrea tradición protestante de la iglesia anglicana, cuyo “provincialismo” es por demás patente, pero distante del rigor nocional y lexicográfico de la escolástica continental, de donde se comprende la necesidad de compulsarlo con las formulaciones doctrinales a la usanza de los teólogos de la Contrarreforma postridentina. No se puede olvidar, en fin, que la conversión religiosa e intelectual de Newman fue una obra casi toda sobrenatural y casi nada de humana, pues las migajas de catolicismo preservadas en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX eran virtualmente imperceptibles.

A la postre, el meollo de la problemática suscitada por su pensamiento en derredor de la evolución de los dogmas está hoy felizmente esclarecido. El modernismo buscó ampararse en algunas de sus tesis sin advertir que Newman había propugnado una doctrina que concuerda estrictamente con la solución católica de esta querrela conseguida después de la aparición de la encíclica *Pascendi* de San Pío X. El aquietamiento posterior de las pasiones que desembocaron en el modernismo y en la polémica que desató la irradiación de sus propuestas dio ocasión para cerciorarse de que

Newman, contra el sentir de sus objetantes católicos e incluso de los adictos a aquella corriente, había desbaratado de antemano diversos errores que fomentaron la eclosión modernista y provocaron la reacción del magisterio de la Iglesia ante la magnitud de esta herejía.

NOTAS

¹ Cfr. M. R. O'Connell, “Newman: The Limits of Certitude”: *The Review of Politics* 35 (1973) 147-160; e Id., *Critics on Trial: An Introduction to the Catholic Modernist Crisis* (Washington D. C.: The Catholic University of America Press, 1994), p. 96.

² M. R. O'Connell, *Critics on Trial*, p. 48.

³ Cfr. M. R. O'Connell, *Critics on Trial*, pp. 40-41.

⁴ Cfr. J. H. Newman, *Apologia pro vita sua: The Two Versions of 1864 & 1865 preceded by Newman's and Kingsley's Pamphlets*, with an Introduction of W. Ward (London, Edinburgh, Glasgow, New York, Toronto, Melbourne & Bombay: Henry Froude & Oxford University Press, 1913), Part III: “History of my Religious Opinions (To the Year 1833)”, pp. 125-126.

⁵ *Ibid.*, Part IV: “History of my Religious Opinions (From 1833 to 1839)”, p. 150. Cfr. pp. 139-188.

⁶ Cfr. J. H. Newman, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, new ed. (London: Sheed & Ward, 1960).

⁷ “[...]I see nothing in the theory of evolution inconsistent with an Almighty Creator and Protector” (J. H. Newman, “Letter to Rev. David Brown”, en *The Letters & Diaries of John Henry Newman* [Oxford: Oxford University Press, 1961ff], vol. XXVII, p. 43). Cfr. P. E. Hodgson, “Newman and Science”: *Sapientia* 54 (1999) 405-406.

⁸ Cfr. ASS 40 (1907) 470-478.

⁹ Cfr. ASS 40 (1907) 593-650.

¹⁰ F. Marín-Sola O. P., *La evolución homogénea del dogma católico* (Madrid & Valencia: La Editorial Católica, 1952), p. 393.

¹¹ Sancti Pii X, *Tuum illud opusculum*, ad Rvdum. Episcopum Limericensem, 10 martii 1908, cit. por F. Marín-Sola O. P., *La evolución homogénea del dogma católico*, p. 394.

“Pensad en ello, hermanos míos:
todo ser humano que vive, bien sea de
condición noble o modesta, instruido o
ignorante, joven o viejo, hombre o mujer,
tiene una misión, una obra que cumplir.
Hemos sido enviados al mundo para algo;
no hemos nacido por azar,
no estamos aquí para acostarnos por la
noche y levantarnos por la mañana,
trabajar para ganar el pan, comer y beber,
reír y bromear, pecar cuando nos place y
enmendarnos cuando estamos cansados
de pecar, fundar un hogar, después morir.
Dios nos ve a cada uno de nosotros.
Crea cada alma y le da sucesivamente una
vestidura de carne mortal a cada una,
con un fin concreto.
Necesita, se digna tener necesidad de cada
uno de nosotros...
Como Cristo tiene una tarea que realizar,
también nosotros tenemos la nuestra;
igual que se regocijaba de cumplir su
obra, debemos nosotros alegrarnos de la
nuestra. ”

(Discourses Addressed to Mixed Congregations, VI - 1849)